FACTORES SOCIALES CONTRIBUYENTES EN LA ATENUACIÓN DE DISFEMISMOS. ESTUDIO SOCIOLINGÜÍSTICO EN COMUNIDADES DE HABLA JUVENILES EN SANTIAGO DE CALI

Presentado por:

LUIS EDUARDO DOMÍNGUEZ HERNÁNDEZ

Tutor:

LUIS EMILIO MORA CORTÉS

Trabajo de investigación para aspirar al título de

Magíster en Lingüística y Español

UNIVERSIDAD DEL VALLE

FACULTAD DE HUMANIDADES

ESCUELA DE CIENCIAS DEL LENGUAJE

MAESTRÍA EN LINGÜÍSTICA Y ESPAÑOL

CALI, COLOMBIA

OCTUBRE DE 2019

CONTENIDO

RESUMEN…… 4

1. INTRODUCCIÓN…… 5

2. PLANTEAMIENTO…… 9

3. OBJETIVOS

3.1. Objetivo general…… 13

3.2. Objetivos específicos…… 13

4. ANTECEDENTES…… 14

5. JUSTIFICACIÓN…… 28

6. MARCO TEÓRICO…… 30

6.1. Los factores sociales en un estudio sociolingüístico…… 30

6.2. Comunidades de habla juveniles…… 34

6.3. Tabú lingüístico y atenuación a través de cuasieufemismos…… 37

7. METODOLOGÍA…… 41

8. HALLAZGOS…… 48

8.1. Repertorio de usos disfemísticos y cuasieufemísticos …… 48

8.2. Actitud lingüística frente a la atenuación de los disfemismos …… 55

8.3. Caracterización sociosemántica de la atenuación disfemística …… 57

8.3.1. Caracterización sociosemántica de “marica”……..…….. 60

8.3.2. Caracterización sociosemántica de “güevón” ……..…….. 67

8.3.3. Caracterización sociosemántica de “perra” ……..…… 72

8.3.4. Caracterización sociosemántica de “gonorrea” …….. 77

8.3.5. Caracterización sociosemántica de “sapo” y “sapa”…….…… 82

8.4. Sociosemántica de la atenuación disfemística en las macrodinámicas sociales... 86

9. CONCLUSIONES …….. 99

10. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS ……..…….. 104

RESUMEN

En este documento se registra el proceso y resultado de la investigación destinada a reconocer la contribución de algunos factores sociales al fenómeno de la atenuación disfemística, desde la perspectiva de la sociolingüística, en comunidades de habla juveniles de Santiago de Cali, considerando la variación diastrática y diasexual. Para ello, se describe el modo en que se presenta en la práctica el fenómeno de la atenuación disfemística en dichas comunidades de habla, sus usos y situaciones de comunicación particulares, proponiendo una configuración sociosemántica de algunos usos cuasieufemísticos preferentes mediante la correlación de factores micro y macrosociales.

PALABRAS CLAVE: disfemismo, atenuación, cuasieufemismo, sociolingüística, habla juvenil, sociosemántica.

1. INTRODUCCIÓN

Palabrotas, groserías, vulgaridades, lenguaje sucio y soez: formas diversas para referirse al mismo fenómeno—o por lo menos, a una parte de él—: la interdicción. El español, como la mayoría de las lenguas del mundo, y la variante caleña, como todas las variaciones del español, posee un número indefinido de términos que la norma culta no vacila en designar con alguna de aquellas formas metalingüísticas.

A menudo y sobre todo por sentido común, el uso del léxico interdicto o prohibitivo se ha relacionado con cierto tipo de hablantes, más que con los contextos y los registros de habla. Así, por ejemplo, el léxico de personas al margen de la sociedad hegemónica, como presidiarios, delincuentes, indigentes, vendedores ambulantes, iletrados, etc., es caracterizado por muchos como vulgar y, por lo tanto, la vulgaridad como correspondiente al habla de esas personas. Por eso no resultará extraño escuchar que alguien “habla como verdulera” o que lo hace “como un gamín”, para referirse al uso frecuente o impertinente de palabras vulgares. No obstante, la interdicción lingüística, entendida como la prohibición en el nivel léxico-semántico de la lengua, no se constituye solo por la vulgaridad (Ullmann, 1962, p. 231). Es posible, verbigracia, encontrar en determinados contextos prohibición de palabras por su carga ofensiva, su incorrección política o su desparpajo. En estos casos la interdicción es causada por el uso de disfemismos, que se pueden definir provisionalmente como contrarios a los eufemismos.

El fenómeno de la interdicción disfemística entre hablantes del español en Cali muestra en la actualidad algunas características particulares, que se constituyen como punto de especial interés para esta investigación. Un suceso anecdótico de índole nacional sirve para ilustrar *grosso modo* algunas de ellas. A finales del año 2007, se hizo pública una conversación telefónica entre el entonces presidente de Colombia y un contratista de la Casa de Nariño, a quien el primero le sentenció "si lo veo, le pego en la cara, marica". Aparentemente se trató de un regaño, en el que el mandatario se declaró "berraco" por un supuesto pedido de dinero que aquel subordinado suyo hizo a un narcotraficante a cambio de evitar su extradición. No obstante, el uso de la interdicción *marica* en boca del presidente provocó un revuelo que se reflejó en los medios masivos de comunicación y seguramente en el contenido de las conversaciones cotidianas de muchos colombianos.

En las redes sociales virtuales se observó parte de ese debate. Algunas personas se mostraron decepcionadas al confirmar que una figura aparentemente culta, investida de autoridad y perteneciente a una clase social alta hiciera uso también de palabras consideradas vulgares, independientemente de su contexto. Otras se mostraron complacientes con el acto de su gobernante, pues lo asumieron como un gesto a través del cual se podía ver su normalidad o acaso su humanidad. "Los presidentes también cagan y también dicen vulgaridades", respondió alguien en un foro, como dando un parte de tranquilidad. Pese a que el uso antes ejemplificado tiene intencionalidad ofensiva, su sola presencia llamó la atención por considerarse inusitada.

En los últimos años esa presencia parece haberse intensificado en el estilo informal de hablantes de diversa condición social: hombres, mujeres, niños, jóvenes, de clase alta y baja, con distinto grado de instrucción escolar, etc. Quizá porque nuevas formas de relacionarnos han llevado a la escena pública interacciones que antes estaban limitadas a la dimensión privada, o porque, como expresan algunos discursos conservadores, la pérdida de valores nos ha conducido a transformarnos en una sociedad cada vez más soez. Hipótesis todas que ameritan el examen académico, para arrojar algunas luces sobre un fenómeno que, por estar tan inserto en las prácticas cotidianas, a menudo se supone azaroso o baladí.

Este documento contiene el informe de la investigación que emprendí en el año 2013, iniciando la colegiatura de la Maestría en Lingüística y Español, de la Universidad del Valle, con el propósito de comprender aquel fenómeno en la práctica, pero a la luz de la teoría. Se encuentra organizado por una lógica formal monográfica que comprende en primera medida el planteamiento del problema, seguido por los objetivos, tanto generales como específicos. Después se localiza el componente conceptual, en el que se distingue un apartado con los antecedentes más relevantes en cuanto al estudio del tabú lingüístico y la atenuación, y el marco teórico, donde se define y delimita el aparato conceptual a través del cual he observado el fenómeno lingüístico y social. En medio de ellos se ubica estratégicamente una breve justificación.

En la segunda parte se presenta, bajo el título Hallazgos, el resultado de la indagación del universo empírico y su análisis en correlación con la teoría: el repertorio de usos disfemísticos y cuasieufemísticos, la descripción de algunos rasgos en la actitud lingüística frente a la atenuación de los disfemismos, la caracterización sociosemántica de cinco usos cuasieufemísticos seleccionados del conjunto por mostrar alta frecuencia en la generalidad del corpus y marcadas tendencias en cada una de las variantes observadas. Se cierra esta parte con la reflexión en torno a la contribución de factores provenientes de las macrodinámicas sociales a la configuración de una sociosemántica de la atenuación disfemística.

Finalmente, en el apartado Conclusiones se consigna de manera sintética el balance de este trabajo sociolingüístico de cara a los objetivos planteados.

2. PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

Una somera revisión bibliográfica acerca del tabú lingüístico revela una especie de dicotomía entre el eufemismo y el disfemismo. Visto así, el eufemismo podría ser una estrategia que permite evitar el uso de términos o conceptos tabú, mientras que el disfemismo, en oposición, se constituiría también como evasión de la designación neutral del referente, pero ésta en procura de la transgresión, a menudo con propósitos ofensivos o insultantes. Sin embargo, es frecuente que el estudio de uno de estos fenómenos se vea atravesado por el del otro, especialmente en la línea que del primero conduce al segundo.

Según Díaz Pérez (2012), aunque el concepto de disfemismo trasciende al de las palabras malsonantes o desagradables, "su ámbito es propiamente el universo de toda actuación que pueda entenderse como políticamente incorrecta u ofensiva" (p. 49). Empieza a hacerse necesario reflexionar en torno a la relación entre el disfemismo y la interdicción lingüística.

De acuerdo con Casas Gómez (1986), el disfemismo procura las asociaciones con los vocablos interdictos e incluso las motiva e intensifica. No obstante, el uso de algunos términos interdictos, en determinados contextos del estilo familiar, por ejemplo, poseen una función estilística, suficientemente documentada.

Como se verá en los apartados correspondientes, algunos análisis reconocen estadios o fases de ciclos en las que un vocablo se traslada como de una punta de cuerda, donde se

localizaría el eufemismo, a otra que sería el disfemismo. Por ejemplo, en algún momento o en determinadas situaciones de comunicación el eufemismo “polvo”, que evita el referente “coito” en el español de varias partes del mundo, se traslada al ámbito del disfemismo para acentuar su hilaridad; pero en el ir y venir de la dinámica que el uso social le impone a este tipo de léxico se produce lo que podríamos representar como “nudos”—para darle continuidad a la metáfora de la cuerda—, resultado de giros hacia una u otra dirección, entre la categoría de los eufemismos y la de los disfemismos.

Uno de esos “nudos”, el que despierta el interés de esta investigación, radica en el fenómeno de atenuación de un conjunto de disfemismos que parecen transformarse en eufemismos, con otras formas y otros sentidos. Están designados por la norma culta en la variante caleña del español como interdictos —o prohibidos por vulgares—, pero sus usos disfemísticos coexisten con otros no insultantes sin llegar a ser propiamente de tipo eufemístico. Es lo que reconoce Crespo Fernández (2005) como “cuasieufemismo”, cuando “en ciertas situaciones comunicativas, formas de ofensa verbal se emitan con una intención eufemística” (pp. 191-192). De forma similar lo define Díaz Pérez (2012): “El fenómeno denominado cuasieufemismo consiste en que un término interdicto pierde su naturaleza disfemística” (p. 151), entendiéndose ésta como su capacidad insultante u ofensiva. Es el caso de “marica”, “huevón” o “chimba”, entre otros disfemismos, reconocibles en diversos registros, campos y comunidades de habla del español informal en la ciudad de Cali.

Pero ¿qué es lo que ocurre en la mitad, más allá o más acá del disfemismo, que logra atenuar algunos de estos vocablos hasta presentarse incluso en registros más o menos formales? Y más interesante aún: no es preciso atribuir el uso frecuente de disfemismos exclusivamente a los estratos o sectores socioeconómicos bajos, como en algún momento se pensó, traslapando cómodamente la vulgaridad al vulgo; ni tampoco permite la experiencia seguir asegurando que la interdicción es característica del habla de los hombres y del argot marginal.

Trátese de estadios, de adecuaciones contextuales, de intenciones o de acciones sociales que regulan el uso de disfemismos atenuados —cuasieufuemismos—, nos encontramos, en definitiva, ante un fenómeno que requiere ser analizado con perspectiva sociolingüística; es decir, identificando las determinaciones que en la relación lengua-sociedad nos permitan reconocerlo, caracterizarlo, describirlo y, por qué no, aproximarnos a una interpretación explicativa.

Lo que se pretende con esta investigación es, entonces, identificar los factores sociales contribuyentes en la atenuación disfemística, un estudio desde la perspectiva de la sociolingüística, de comunidades de habla juveniles en Santiago de Cali. Dicho análisis considerará el habla en el estilo informal, en las variaciones diastrática y de género, utilizando instrumentos de investigación con enfoque mixto. Será un estudio sincrónico, cuya cuestión fundamental se formula de la siguiente forma: ¿De qué manera contribuyen

determinados factores sociales en la atenuación disfemística, en el registro informal de comunidades de habla juveniles en Santiago de Cali?

Y para dar respuesta a esta cuestión, de manera específica: ¿Cómo se concreta empíricamente la teoría de la atenuación disfemística? ¿Los miembros de una comunidad de habla particular poseen conciencia de la resemantización léxica derivada de los usos cuasieufemísticos? Si es así, ¿hasta qué punto esa conciencia lingüística posibilita la identificación de factores contribuyentes? ¿Se podría hallar en las micro y macro dinámicas sociales algunas determinaciones de la atenuación disfemística particular y socialmente situada?

3. OBJETIVOS

3.1. Objetivo general

Identificar la contribución de factores sociales al fenómeno de atenuación disfemística en el registro informal de dos comunidades de habla juveniles en Santiago de Cali.

3.2. Objetivos específicos

3.2.1. Describir el modo en que se presenta en la práctica el fenómeno de la atenuación disfemística en las comunidades de habla, sus usos y situaciones de comunicación particulares.

3.2.2. Caracterizar en el nivel semántico, con perspectiva sociolingüística, dicho fenómeno, con un enfoque variacionista y constrastivo.

3.3.3. Correlacionar la caracterización semántica de algunos usos cuasieufemísticos frecuentes en el habla juvenil de Santiago de Cali con posibles determinaciones sociales en los niveles micro y macroscópicos.

4. ANTECEDENTES

A continuación se expone el conjunto de estudios en torno al tabú lingüístico, que son considerados antecedentes relevantes para la presente investigación, teniendo como base el estado de la cuestión elaborado entre los años 1995 y 2011 por dos investigadoras hispanohablantes, con motivo de la realización de sus estudios sociolingüísticos del habla del español, uno en Las Palmas, de Gran Canaria (España), y el otro en Costa Rica.

El estudio de Las Palmas, en cabeza de Pilar Martínez Valdueza, culminado en 1995, es una investigación que arrojó como resultado la tesis doctoral titulada *El tabú lingüístico: estudio sociolingüístico de Las Palmas de Gran Canaria*. El de Costa Rica estuvo a cargo de Annette Calvo Shadid, quien retomó el trabajo de Martínez para producir también una tesis doctoral, titulada *Análisis sociolingüístico sobre el tabú sexual en el español de Costa Rica*(2009), para la universidad de Bergen, además del artículo "Sobre el tabú, el tabú lingüístico y su estado de la cuestión", en 2011.

Tomando estos trabajos como punto de partida y siguiendo su rastro, se han incluido otras referencias bibliográficas, respondiendo no sólo a la continuación cronológica posterior al año 2009, sino también a la necesidad de considerar otras investigaciones en los contextos latinoamericano y colombiano. No obstante, se ha procurado mantener la presentación de estos antecedentes del modo en que lo propone Martínez Valdueza, quien sugiere revisar la evolución de los estudios acerca del tabú lingüístico distinguiendo dos etapas

fundamentales, una previa a 1970 y otra posterior a esta década. Antes de los setenta encuentra en los campos de la lexicografía y la semántica, e incluso en la dialectología, los trabajos más importantes, que a menudo se ocupan de describir el léxico y los significados alrededor de la sexualidad.

Disciplinas como la etnología, la antropología, la sociología y la psicología han tenido el tabú como uno de los principales temas de estudio, lo cual da cuenta de la multiplicidad de enfoques de que ha sido objeto en las ciencias sociales. Sin embargo, en lingüística, según Martínez Valdueza (1995), los enfoques se han restringido principalmente al de la semántica y al de la dialectología, así como al de la lexicografía. Su tratamiento sociolingüístico es relativamente reciente:

> *La lingüística ha omitido tradicionalmente, casi hasta mediados del siglo veinte, el estudio de este importante aspecto de la lengua y los primeros intentos de abordarlo se dirigieron a explorar repertorios léxicos designativos de parcelas prohibidas; solo en los últimos años y bajo la presión que ciencias como la sociolingüística, la etnolingüística o la pragmática ejercen para que se reconozca la primacía de la lengua oral, se empiezan a abrir paso otras orientaciones de estudio más acordes con la realidad de estas producciones en su contexto social* (Martínez Valdueza, 1998, p. 107).

Desde el siglo XIX se realizaron investigaciones de corte histórico y diacrónico, con una perspectiva semántica, recogiendo el léxico tabú que fue consignado en documentos de

siglos anteriores. Aquí se encuentra la producción de Rafael Salillas (1896) acerca del lenguaje del delincuente español, y de John M. Hill (1945 y 1949) sobre poesías y voces germanescas.

En medio de esas publicaciones se imprimió en 1941, en el contexto de la desaparecida Unión Soviética, la obra de Mijail Bajtín, en cuyo capítulo "El vocabulario de la plaza pública en la obra de Rabelais" puede encontrarse la demanda de no escindir el vocabulario "grotesco" de su contexto carnavalesco, cómico y popular, pues ello impide reconocer la profundidad de su ambivalencia: sus imágenes "son a la vez benditas y humillantes" (1987: 136). Importante resultará esta visión del lenguaje dual, propio de la cultura callejera; no obstante, como advertiría Bajtín, aún hoy parece pasar desapercibida.

Cerrando este periodo propuesto por Martínez Valdueza, se encuentran trabajos que han resultado de gran interés para las investigaciones posteriores. Kany (1960) se propone un "material ilustrativo" del español de América en relación de contraste con el de la península, centrado en el habla popular, aunque no se ocupa de este desde los conceptos de disfemismo ni tabú. Al interesarse más por los posibles cambios semánticos implicados en el contacto lingüístico que en los aportes léxicos, este trabajo entronca con su segunda obra publicada en el mismo año, muy conocida por su clasificación de los eufemismos en el español hispanoamericano, la cual ha sido seguida en algunos estudios sobre el tabú lingüístico.

La *Semántica* de Ullmann (1962) constituye también un referente para el estudio del tabú, pues su clasificación del tabú lingüístico es una de las más conocidas en el campo de la lingüística, pese a que es relativamente breve. Reconoce tres grupos de acuerdo con la motivación psicológica de los tabúes: “unos son debidos al miedo, otros a un sentimiento de delicadeza, y otros, finalmente, a un sentido de decencia y decoro” (1962, p. 231).

El estudio semántico de Plomteaux, en 1965, sobre tabú, pudor y eufemismo hace referencia, de acuerdo con Calvo Shadid (2011), a dos investigaciones: la de Galli de Paratesi, de 1964, sobre el italiano, y la de Kany (1960) del español de América. Advierte que ellos no incluyeron en sus respectivos estudios el léxico tabú, por razones como la dificultad de explicitar los nombres de las partes del cuerpo y los términos escatológicos.

Una de las primeras descripciones de los insultos en el habla de los colombianos es realizada por Montes Giraldo (1967). Su trabajo titulado “Insultos en algunos textos de la literatura colombiana” es una muestra que él mismo presenta como “boceto general del tema” (p. 345); sin embargo, con textos extraídos de obras de la literatura colombiana costumbrista, clasificados sobre todo en función del género de los enunciadores, logra presentar siete categorías de insultos, entre los que se observan algunos objeto del presente estudio, como por ejemplo “marica” (pp. 350, 355). Acerca de este vocablo concluye que, junto a “mapuchín” —con similar significado—, es el único insulto dirigido a los varones por su comportamiento sexual, en contraste con una mayor cantidad de

aquellos con los que se reprocha a las mujeres su “falta de recato o continencia sexual” (p.357).

Contra la llamada “pudibundez”, Cela (1969 y 1974) ofreció un diccionario “secreto” entendiendo que la frontera que separa a las “voces admitidas de las no admitidas, es siempre movediza” (1969, p. 19). Resalta la tarea que emprendió y llevó a cabo por requerir valor en el momento histórico en que la asumió, procurando cabida a todas las voces que llamó “venéreas” y sosteniendo que la exclusión de alguna podría corresponder más a desconocimiento que a alguna suerte de prejuicio moralizante al que cuestionó con ahínco (1969, p. 24).

Finalmente, vale la pena destacar la labor de Hjelmslev (1968), quien, aun haciendo una referencia somera al tabuismo, en el apartado “Introducción de signos nuevos” menciona, a diferencia de otros, cómo los diferentes tabúes están ligados a distintas sociedades y cuáles son algunos de los mecanismos empleados para no pronunciar las palabras tabúes.

En esa misma década, Benveniste (1969) aporta una perspectiva de gran interés para este estudio, en su artículo titulado “La blasfemia y la eufemia”, al reconocer que el tabú lingüístico, que simple y supuestamente se retira del registro culto de la lengua, actúa de manera paradójica, pues al mismo tiempo garantiza la continuación de su existencia como interdicción.

A partir de la década de 1970 el trabajo ha sido más prolífico en las áreas antedichas, pero además se inician los estudios de corte sociolingüístico. Uno de los pioneros es Grimes (1971), quien se ocupa en su estudio del tabú lingüístico en el español popular mexicano. No pretende ser exhaustivo, pero su trabajo, cuyo corpus se extrae de diversas obras literarias y antropológicas, incluye varios aspectos: teorías, descripción, clasificación, fuentes y problemas del tabú lingüístico en el español popular de México, así como cuestiones sobre el tabú corporal y sexual. Se basa en tres procesos lingüísticos: considera que dos de ellos resultan de una evasión lingüística de los conceptos tabú, a saber, el eufemismo y el disfemismo, mientras que el otro sería el resultado de la evocación del tabú: las injurias.

Martín (1974) produce un estudio con más de mil doscientas voces "malsonantes" vigentes en el contexto de Madrid entre los años 1970 y 1973, basado exclusivamente en fuentes orales. Su principal propósito es "llenar en la medida posible la laguna existente en esa parcela del español" (p. 14), aunque también presenta su trabajo como un instrumento de consulta directa a tan esquivo repertorio, útil hasta para "evitar o disminuir la diversificación y las circunstancias embarazosas" (p. 12) con motivo de la incomprensión.

Un año después, en Costa Rica, Brown Gforer (1975) realiza una investigación comparativa del tabú y los eufemismos en inglés estadounidense y español americano, clasificando los tabúes en tres grupos principales: religioso y supersticioso, moral y social. La autora compara listas de palabras tabú particularmente en relación con la muerte, la edad

avanzada, la gordura, la delgadez, las nalgas, los procesos naturales del cuerpo y el baño. Su propósito es demostrar que algunos tabúes aparentemente universales difieren en el tratamiento cultural y lingüístico que reciben en cada contexto.

Además de los diccionarios de obscenidades en distintos idiomas, en esta etapa se publican algunos estudios diacrónicos sobre el tabú; es el caso de la obra de Alonso Hernández (1976) sobre el léxico del marginalismo del Siglo de Oro y sobre el léxico de germanía en la España de los siglos XVI y XVII (1979); también se cuenta aquí el trabajo de Frago (1979), dedicado al léxico de la prostitución en el siglo XV. Aquí se vislumbra el reconocimiento de la variación diastrática a partir de especificidades dialectales, pues lo marginal es el lenguaje de ciertos grupos y sus actividades, tales como la prostitución, los juegos de azar y el hampa.

En 1978, basado en su manuscrito de 1971, y en corpus tomados de la literatura y algunas entrevistas, Grimes publica otro libro sobre el lenguaje de los mexicanos, esta vez específicamente sobre el erotismo. La investigación combina teorías lingüísticas, sociológicas y antropológicas del tabú, con un análisis de los procesos lingüísticos y las estructuras a través de los cuales se manifiesta.

En 1981 Montero Cartelle investiga con una perspectiva contrastiva el fenómeno del eufemismo en Galicia. Uno de los principales aportes, como antecedente, radica en la indagación acerca de posibles causas de la censura lingüística por medio del

procedimiento eufemístico, aunque la necesidad de llevar a cabo la comparación con otras lenguas le impide ver algunos rasgos particulares.

Sobre los mecanismos del eufemismo y el disfemismo, Casas Gómez (1986) presenta una metodología léxico-semántica capaz de ofrecer una sistematización de la interdicción lingüística para las distintas designaciones de *prostituta*. Apoyándose en Malinovsky (1964), Baldinger (1970) y Jespersen (1922), se fundamenta en la idea de la no arbitrariedad del signo lingüístico. De allí se deriva que Casas Gómez considere que la interdicción lingüística actualmente tiene que ver sobre todo con los temas sexuales, escatológicos, etc., y sus dos fenómenos antagónicos, el eufemismo y el disfemismo, son los sustitutos en situaciones pragmáticas concretas, en las que adquieren uno u otro cariz. Se basa en la clasificación de los tabúes de Ullmann (1962), a saber: de la decencia, el pudor y la delicadeza, para explicar los tipos de tabúes que se han extendido con el paso del tiempo a otros campos que inicialmente no les correspondían, por ejemplo los que se trasladan del plano exclusivamente religioso a varias dimensiones de la vida.

En Centroamérica, López Morales (1990) es uno de los pioneros en los estudios sociolingüísticos sobre el tabú. Su premisa se funda en la determinación y variación tanto diastrática como diafásica, reconociendo que esta variación se presenta precisamente a nivel de las prácticas sociales.

En Perú, el trabajo de Hare (1993) ofrece un repertorio de usos eufemísticos en los cuales se propone establecer relaciones entre la dimensión psicosocial y la lingüística. Desde su punto de vista, los eufemismos se comportan como síntomas de la psiquis de los hablantes, lo cual justifica su estudio.

Como se anticipó al inicio de este apartado, Martínez Valdueza presentó en 1995 su investigación doctoral sobre la sociolingüística del tabú lingüístico en Las Palmas, Gran Canaria, siguiendo la metodología para el tabú de López Morales (1990). Dividió la muestra por sexo, cuatro grupos de edad y cuatro niveles de estudios. Tuvo en cuenta, para establecer los niveles socioculturales, tres indicadores: grado de instrucción, profesión, y nivel de ingresos. Tomó 25 lexemas supuestamente tabuizados en la comunidad de habla estudiada, en el contexto de nueve situaciones comunicativas en los estilos espontáneo, neutro y formal. Su trabajo, además, ofreció la base para la elaboración de la presente sección.

El trabajo de Danbolt Drange (1997), trata específicamente sobre el tema relacionado con la mujer y el tabú en Viña del Mar. Su perspectiva, como se advierte a simple vista, son las identidades de género, y uno de sus principales objetivos se conecta directamente con el presente trabajo de investigación, pues entre otros se propone identificar la determinación de factores sociales en la selección de léxico proscrito.

Cerrando el siglo XX, el profesor Matus Lazo (2000), basado en la clasificación del tabú de Ullmann, propone una explicación conceptual de los mecanismos de sustitución a partir de algunos usos tabuizados en Nicaragua.

En el año 2002 tiene lugar en Estocolmo el 1er Coloquio Internacional del programa EDICE (Estudios sobre el Discurso de la Cortesía en Español), cuyo énfasis se puso en la identidad sociocultural de las comunidades hispanohablantes desde una perspectiva no etnocentrista. En su marco se presentaron significativos trabajos como el de Zimmermann (2003), basado en el análisis de conversaciones de varones jóvenes de España, México y Uruguay, con el fin de describir algunos actos comunicativos cuyos rasgos son compartidos con los insultos pero con propósitos muy diferentes a los de la ofensa y la descortesía, especialmente en el habla de los hombres jóvenes. La presencia general de este rasgo es una de sus conclusiones. Otro aporte del coloquio, destacable por su pertinencia, es el de Briz (2003), quien desde la perspectiva pragmática identifica en un corpus de conversaciones de hablantes españoles el fenómeno de la atenuación, vinculándolo a los conceptos de estrategia y táctica, tanto lingüística como social.

Por su parte Calvo Shadid (2009), en consonancia metodológica y conceptual con López Morales (1990) y Martínez Valdueza (1995), hace un análisis sociolingüístico del tabú sexual en el español de Costa Rica, buscando además comparar los resultados de las tres investigaciones antedichas.

Dando continuidad a los antecedentes iberoamericanos, en este periodo se publica el trabajo de Chamizo Domínguez (2004), quien plantea que los eufemismos y disfemismos tienen una función cognitiva y social que se hace posible a través de procedimientos metafóricos. La caracterización de dichos procedimientos corresponde a uno de sus objetivos, y la relación de continuidad será retomada en el año 2008, en su artículo titulado "Tabú y lenguaje. Las palabras vitandas y la censura lingüística", para confirmar que los hablantes están permanentemente en un ciclo que pasa por acuñar eufemismos, y estos, al lexicalizarse, darían origen a nuevos disfemismos o términos vitandos que cambian de una sociedad a otra.

Con el propósito de describir la disponibilidad léxica, Ríos González (2011) realiza en el contexto costarricense un estudio acerca de los disfemismos que usan jóvenes colegiales. De los once "centros de interés" o dominios seleccionados, aun aquellos que no se concibieron directamente relacionados con la sexualidad, arrojaron alta frecuencia de uso de disfemismos sexuales; luego aparecen los temas escatológicos y finalmente las actividades ilícitas, *p. e*. el consumo de drogas (*pijarse*). En este grupo, la autora llama la atención, además, acerca de los préstamos del idioma inglés (*pizza pull*), utilizados no solo para ocultar, sino también para atenuar los "verdaderos significados".

Díaz Pérez (2012) replantea la discusión teórica sobre los conceptos de disfemismo y descortesía, así como sobre el modo en que sus definiciones se sitúan en relación con los materiales elegidos para su investigación: las publicaciones en las redes sociales virtuales.

De manera consecuente, presenta un análisis de la función y los mecanismos de la hostilidad verbal en los medios de comunicación virtual. Como conclusiones, vale la pena destacar, en primera instancia, el interés del autor de suscribir el fenómeno del disfemismo al plano del habla y no al de la lengua, pues afirma que no existen los disfemismos como tales, sino usos disfemísticos en contextos determinados. De este modo, reconoce que en el uso se puede presentar "alta frecuencia de aparición de las manifestaciones hostiles en el mundo de la comunicación virtual y audiovisual" (p. 477), de forma particular en las redes sociales. Como factores que favorecen la violencia en una red social, Díaz Pérez identifica la exposición de los usuarios a la ofensa verbal, la desinhibición del emisor para manifestar cualquier opinión destructiva al amparo de la privacidad y el anonimato, y la invisibilidad virtual del agredido. Se deduce de las conclusiones de esta investigación que la elección de un término disfemístico no es necesariamente un recurso de emisores vulgares o con escasa formación y, en tanto que fenómeno sujeto al uso de los hablantes, evoluciona y puede llegar a perder su sentido peyorativo en el proceso de manipulación del referente; lo que para el autor significa sufrir un proceso de desemantización.

Cercano cronológicamente, aunque no así en cuanto a la perspectiva, se encuentra el trabajo de Albelda y Cestero (2012). Ellas consideran la atenuación como un fenómeno variable que requiere de una mirada sociolingüística. En el marco del Proyecto para el Estudio Sociolingüístico del Español de España y América (PRESEEA), coordinado desde la Universidad de Valencia, se ocuparon de reconocer la incidencia de factores como la

edad y el sexo en la selección de estrategias atenuadoras en variantes diafásicas, diatópicas y "socioprágmáticas".

En Colombia, se realiza y publica el trabajo de Asqueta (2008), quien hace una revisión del uso de la palabra "marica" desde la perspectiva pragmática y los presupuestos teóricos del análisis discursivo. Una de sus principales conclusiones radica en la resemantización de dicha palabra entre jóvenes universitarios bogotanos, enriqueciéndola en lo que respecta a los nuevos significados que pueden darle en los discursos de la cotidianidad. Los ejemplos tomados de su corpus le permiten reconocer poca variación en cuanto al género de los hablantes, respecto al despojo de vulgarismo, y concluye que quizá su resemantización continúe ampliándose; cuestión de la que se ocupa el presente estudio.

También en el plano nacional, Rojas y Olave (2009) realizaron una modesta pero significativa reflexión de ese disfemismo —"marica"—, entre estudiantes de último grado de educación media en dos instituciones educativas de Risaralda, con el propósito de identificar variaciones diafásicas, específicamente diferenciadas de acuerdo con el género. Concluyen que los informantes poseen un alto nivel de conciencia de los usos prestigioso, restringido y cohesivo de la lexía en cuestión, lo que los lleva a identificar los intereses y estrategias más adecuadas en diferentes situaciones de habla, con variaciones de género mínimas, aunque reconocen la provisionalidad de sus resultados y posibles fallas en la recolección de datos (p. 111).

Múltiples investigaciones, desde la dialectología, la semántica, la lexicografía y —más recientemente— la sociolingüística, han procurado conformar una base teórica y de aplicación al fenómeno del tabú lingüístico. Sin embargo, corresponde a cada comunidad de habla reconocer, describir y explicar sus usos y funciones en contexto; lo cual, seguramente, permitirá en un futuro no muy lejano la construcción de un conocimiento que pueda expresar unidad, sin desmedro de la diversidad, como corresponde a una perspectiva de estudios lingüísticos socioculturales.

5. JUSTIFICACIÓN

Escuchar el habla del español en Cali, en el estilo informal y en contextos de registro descuidado, ya sea desde la posición de interlocutor o desde la de observador, atraerá inmediatamente la atención por el uso continuo pero diferencial de la interdicción que en principio se observa disfemística. El fenómeno es cada vez más evidente. Lo que no salta a la vista es el porqué, el cómo y la multiplicidad de sentidos con que se incorporan estas, comúnmente llamadas “palabrotas”, al estilo informal de los hablantes, específicamente de la lengua española en la ciudad de Cali. La extensión, y por lo tanto la cobertura del proceso de atenuación de disfemismos interdictos, puede llegar a encubrir valoraciones que declaran como “precaria” la competencia comunicativa de una comunidad de hablantes o como vulgares las dinámicas sociales en que tiene lugar dicho proceso.

La norma culta, prescriptiva, que tacha de vulgar, soez o grosera esta manifestación del diasistema lingüístico no es la que regula su uso. Sin embargo, y aunque sea el estándar de dicha norma el que permite calificarla como interdicción, los hablantes se las arreglan para darle una vuelta de tuerca y hacer uso de un repertorio léxico vitando, a veces sin que parezca conllevar la menor intención de ofensa; por el contrario, la recurrencia, la intensidad y la funcionalidad de estos disfemismos atenuados muestra la importancia que para los hablantes tiene en diversos dominios del estilo informal.

Analizar la determinación sociocultural en la atenuación de disfemismos interdictos en el habla de un conjunto de hablantes del español en Cali va a contribuir, no solo a la comprensión del tabú lingüístico o de la interdicción, sino especialmente a la de sus funciones, sentidos y ligazones sociales, a la vez que ayudará a describir la variante caleña del español, todo ello inserto en las prácticas, ya que el habla misma es con certeza una de las que reconstruyen permanentemente nuestras realidades.

Asimismo, este estudio se ocupa de una parcela de la realidad lingüística caleña que, como se vio en el apartado Antecedentes, no ha recibido la merecida atención, a pesar de que en el contexto nacional existen algunos trabajos que representan una puerta abierta al estudio de los usos disfemísticos y eufemísticos socialmente situados.

6. MARCO TEÓRICO

6.1. Los factores sociales en un estudio sociolingüístico

La delimitación de los conceptos o presupuestos teóricos en los que se sustenta este estudio parte necesariamente de la definición de la sociolingüística, pues esta proporciona el marco más general para llevar a cabo los inherentes procesos de selección, aprehensión y aplicación de dichos conceptos. Una de las primeras apariciones formales de la nominación de la sociolingüística, la de Bright (1966), se ocupa precisamente de delimitar su "tarea": "The sociolinguist's task is then to show the systematic covariance of linguistic structure and social structure" [La tarea del sociolingüista es mostrar las variaciones sistemáticas correlacionadas de la estructura lingüística y de la estructura social] (p. 11). Es decir, que la principal razón de ser de esta disciplina sería poner en evidencia que la variación constitutiva del lenguaje y la de la sociedad no solo están relacionadas entre sí, sino que están lejos de ser efectos libres. Del reconocimiento de esas características sistemáticas se deduce que hay condicionamientos de diversa índole y en distinta proporción. Son precisa e inmediatamente esos potenciales condicionamientos sociales los que el mismo Bright encuentra razonable relacionar con la variación lingüística.

Durante la evolución de la disciplina por cerca de cincuenta años, sus funciones, métodos y perspectivas han sido objeto de rigurosos estudios sobre la variación, entre los que se destacan los de Labov (1972, 1983, 1994), Chambers y Trudgill (1994) y López Morales

(2004) de una larga lista de especialistas. Según Casas y Escoriza (2009), uno de los objetivos fundamentales en que coinciden las distintas vertientes es en “definir cuáles son esos factores sociales que pueden justificar en las diferentes comunidades de habla la aparición de unas u otras variantes” (pp. 163-164). Se trata pues de diferencias funcionales y de enfoque respecto a los factores. Los de este estudio, que constituyen las variables de la investigación, se localizan preferente y precisamente en lo que el catedrático español define como “factores sociales preestratificacionales”; no obstante, la caracterización sociosemántica que se presentará en el apartado Hallazgos implica la observación de los “factores sociales posteriores a la estratificación” (Casas y Escoriza2009. p. 164). Los primeros son aquellos que incluso permiten seleccionar y clasificar a los hablantes antes de obtener los datos, que para el caso serían la edad, el género y la condición socioeconómica. En otros estudios también se podría incluir aquí factores como los de etnia, entorno sociocultural, vinculación con otras comunidades de habla y contacto con la norma.

A los factores posteriores a la estratificación correspondería la determinación social del estilo o registro. En el planteamiento conceptual de Casas y Escoriza se lee que tradicionalmente en los estudios sociolingüísticos la determinación de estos factores se ha circunscripto, más bien de forma imprecisa e interferida, a los ejes de la tríada diatopía-diastratía-diafasía, y abogando por la realización de análisis con multiplicidad de variables en las investigaciones variacionistas, sostienen que:

> *En sociolingüística la diastratía es un concepto más amplio que en teoría lingüística, al comprender, además de los componentes estrictamente diastráticos, aspectos tradicionalmente estudiados dentro de la diafasía, como las variables diageneracional y diasexual, utilizadas, sin embargo, como parámetros sociales al depender, desde el punto de vista del análisis sociolingüístico, lo diastrático de las diferentes caracterizaciones del hablante.*(p. 170).

En esa amplitud, el lenguaje se entiende como un acto social, determinado, por supuesto, por la acción y los factores sociales. Si los individuos emplean variedades diferentes de la lengua adecuándose a las situaciones de comunicación particulares, y la lengua refleja la sociedad y la cultura que la sustentan, conocer los parámetros socioculturales que contribuyen en la configuración de las interacciones verbales será desentrañar la compleja relación mutual de determinación entre el habla y los factores como el grado de instrucción formal, la clase social, la edad y el género de los hablantes, entre otros.

El factor género demanda especial atención, si se tiene en cuenta al menos dos de los retos que implican su tratamiento. El primero es la dificultad para establecer la categoría conceptual de género con un sistema de clasificación anclado al sexo de los hablantes, pues tratándose de un estudio sociolingüístico el objeto de análisis no son los machos y las hembras hablantes, sino el habla de mujeres y hombres, seres socializados de una u otra forma en función de sus roles y expectativas de género. El otro reto, en parte derivado del anterior, recae sobre el problema epistemológico que probablemente se origina en las

decisiones que sustentan el diseño metodológico, al delimitar la composición de la muestra en una cantidad de hombres y otra de mujeres. Puede ser tan impreciso como apartado de las prácticas asumir hoy que esa construcción histórica y sociocultural que es el género esté constituida únicamente por dos dimensiones, definidas por dos sexos; tratándose este de un estudio lingüístico, es problemático dar por sentado que la perspectiva de género en el habla de una comunidad se reduce a las expectativas y actitudes lingüísticas de hablantes masculinos y femeninos únicamente. En otras palabras, lo que corresponde es esquivar la tentación de asumir como acertada y suficiente la justificación teórica de un sistema bidimensional, conformado por el habla de las mujeres y el habla de los hombres, en lugar de un complejo juego de sistemas multidimensionales, configurado por la diversidad de usos de la lengua en particular y de las prácticas sociales en general.

Para hacerle frente a esta demanda de atención, conviene traer a la argumentación el planteamiento de McConell-Ginet (1988) al decir que “el sexo de los hablantes es un fenómeno que atañe al género” (p. 106). Es decir que para su estudio podemos observar el uso diferenciado de hablantes que en principio se encuentran sexualmente diferenciados, sin perder de vista que, como concluyen Areiza, Cisneros y Tabares (2004, p. 41), ni siquiera es prudente establecer formas masculinas y femeninas del lenguaje, sino que el género mismo se reconstruye en las interacciones, en cada conversación (Coates, 2009).

Al advertir que no se encuentran plenamente definidos los supuestos lenguajes de los hombres y de las mujeres, se deduce también que en el mismo estado de indefinición

están los límites y las categorías de género. Por lo tanto, la delimitación de los usos a los de los hombres y los de las mujeres obedece en esta investigación a propósitos metodológicos. Su implicación conceptual no menoscaba ni desconoce la multiplicidad de identidades de género, tampoco su posible mixtura en la praxis lingüística. La caracterización de la variación de usos del lenguaje en función de tal multiplicidad y mixtura es un trabajo que valdría la pena llevar a cabo, pero con el que no se compromete el presente estudio, por el rigor e idoneidad que amerita dar cuenta de ello tanto metodológica como epistemológicamente.

6.2. Comunidades de habla juveniles

De forma más bien temprana, a finales de la década de los setenta del siglo XX, Halliday (1994) fue uno de los teóricos del lenguaje que reconoció las dificultades para estudiar a los hablantes de los contextos urbanos agrupados por medio de la categoría conceptual de comunidad de habla, en sentido estricto debido a que "la 'comunidad lingüística' urbana es una unidad heterogénea, que revela diversidad no solo entre uno y otro individuo, sino también en un mismo individuo" (p. 202). Sin embargo, esta dificultad posee en su expresión la clave para superarla, o por lo menos para decidir enfrentarla, ya que focaliza el problema en una pretensión tan inconveniente como insostenible: la búsqueda de la homogeneidad.

El mismo Halliday (1994) reconoce inmediatamente después que la indiscutible heterogeneidad es observable por medio de “patrones”, determinados por ciertas variables, que a su vez son determinadas por valores normativos consensuados (p. 203). El quid del asunto es, pues, el contexto social, esquivo a cualquier intento de homogenización y absoluta concreción, que en lugar de eliminar los nexos y posibles agrupamientos de hablantes, los intensifica, diversifica y complejiza, pues en sociedades urbanas como la nuestra, “los valores que se asignan a las variantes lingüísticas son valores sociales y la variación sirve como expresión simbólica de la estructura social” (p. 203).

Halliday (1994) plantea que en los agrupamientos “se reconocen configuraciones típicas que suelen corresponder a los principales agrupamientos socioeconómicos de la comunidad” (p. 206), con el objetivo de dar sustento al concepto de registro, que define precisamente como “esa configuración semántica (…) de la que el texto particular es un ejemplo. (…) que nos permite establecer la continuidad entre un texto y su entorno sociosemántico” (p. 190).

Esta noción de comunidad de habla, como advierte Duranti (1988) que debe serlo cualquiera, es dependiente de “modelos de variación en grupos de hablantes definibles por criterios distintos del de su homogeneidad lingüística” y de “aspectos emergentes y cooperativamente alcanzados del comportamiento como medios de establecer lazos de solidaridad en el desarrollo de la vida social” (p. 261). Así pues, con el propósito de comprender tal emergencia en función de sus variaciones en contextos sociales

específicos, es como se desarrolla esta investigación en comunidades de habla juveniles en Santiago de Cali. Selección esta que para el fenómeno lingüístico y social en cuestión tiene especial relevancia, dado el protagónico papel que los hablantes jóvenes tienen en el fenómeno de atenuación disfemística. Al respecto, uno de los trabajos más referidos en el contexto hispanoamericano es el de Zimmermann (2003), quien observa el juvenil como un

> *lenguaje antinormativo, haciendo uso precisamente de los recursos lingüísticos proscritos por la sociedad dominante. Este uso continuo de lo proscrito no tiene siempre una función local determinada sino es parte de una estrategia global de manifestarse como diferente, con una identidad rebelde y en desacuerdo con las normas establecidas* (p. 53).

Lo que en el presente estudio se define como atenuación disfemística, es tratado por Zimmermann (2003) como estrategia de "anticortesía" —que no es lo mismo que descortesía, en el planteamiento del autor—, pues lo concibe como una búsqueda de respeto en los grupos, por parte de los jóvenes, mas "no se adquiere por los procedimientos del mundo adulto, sino al contrario, por la violación de estas normas y reglas. Se trata entonces de un evento de colaboración mutua para crear este universo antinormativo" (pp. 57-58).

Y con el carácter estratégico con que se observa el fenómeno de atenuación en las comunidades de habla juveniles, también se reconoce la tendencia a la selección de

formas lingüísticas como el vocativo, cuyo valor positivo o negativo es frecuentemente alterado en el habla de los jóvenes, como advierte Bañon (1993, p. 118), probablemente con propósitos como el que resalta Herrero (2002): para “reforzar el contacto social y las relaciones interpersonales existentes” (p. 69).

6.3. Tabú lingüístico y atenuación a través de cuasieufemismos

Desde sus estudios en la década de 1960, Ullmann presentó una aproximación al tabú lingüístico con un enfoque semántico, identificándolo como una de las causas del cambio del significado. El presente estudio considerará el tabú lingüístico también con este enfoque, pero sobretodo observando la interdicción como causa directa u origen del eufemismo y el disfemismo, entendiendo que el eufemismo es el mecanismo con el que se representa lo culto, lo apropiado y lo mesurado, en oposición a la interdicción lingüística, que suele manifestarse como modalidad disfemística.

Los términos objeto de proscripción son sustituidos por otros, lo cual se define como eufemismo, cuya principal función es referencial, una suerte de “evocación” a decir, de Grimes (1978, p. 18). Parte de ese proceso de evocación, a su vez relacionado con la connotación, desemboca necesariamente en los disfemismos y en las injurias.

También en este sentido, el trabajo de Casas Gómez (1986) sintetiza, de un modo que resulta pertinente para este estudio, la relación entre interdicción, eufemismo y disfemismo:

> *Emplearé, de esta forma, interdicción, en el sentido general de presión externa, psicológica o social que motiva la no utilización de ciertas formas léxicas existentes en la lengua, originando el proceso eufemístico (…) y eufemismo en el de resultado lingüístico de la interdicción o del tabú (…) El eufemismo lingüístico tiene, como contrapartida en la lengua, su antónimo, el disfemismo, cuya base es idéntica a la del eufemismo: una sustitución léxica, aunque de motivación y finalidad distintas.*(pp. 37-38)

Lo anterior permite establecer como disfemismo la estrategia lingüística que tiene el propósito de acentuar la interdicción, ya sea por transgredir la convención social —y oponerse al uso eufemístico— o por dotar el habla de tonalidades humorísticas, burlescas, agresivas o enérgicas. Su relación con la interdicción radica en su motivación y refuerzo, pero no se reduce a ella.

Ahora bien, como se anticipó en el apartado correspondiente al planteamiento del problema, en la delimitación conceptual del disfemismo y el eufemismo no se puede soslayar lo que se encuentra en medio de estas dos estrategias aparentemente opuestas: usos que en determinadas situaciones comunicativas se comportan como disfemismos y en otras como eufemismos.

Casas Gómez reconoce estos usos como formas mixtas entre el disfemismo y el eufemismo, a las que denomina “eufemismos disfemísticos” (1986, pp. 94-95), nominación

que taxativamente las cataloga como eufemismos, impidiendo observar la variedad de matices entre un estadio semántico y el otro. Al respecto, Díaz Pérez (2012) no se aparta de la base teórica de Casas Gómez, mas considera el fenómeno como una aproximación a la esfera de la sustitución eufemística, sin llegar a ser con propiedad un eufemismo: “Formalmente se trata de disfemismos pero se emiten con intención eufemística o, al menos, no ofensiva” (p. 151).Y en la búsqueda de la precisión conceptual, su trabajo se adhiere, del mismo modo que el presente estudio, a la definición de Crespo Fernández (2005), quien, basado en la imprevisibilidad de los usos, sostiene que “hablamos de ‘cuasieufemismo’ cuando la intención del hablante es de signo eufemístico, pese a materializarse por medio de una locución disfemística” (p. 190).

De acuerdo con Chamizo Domínguez (2004), los eufemismos y los disfemismos poseen un sentido dentro de determinados contextos socio-históricos, culturales y cognitivos. Su comprensión es imposible si no se observan con el prisma de los usos sociales, de las creencias, los conocimientos compartidos e incluso la gestualidad; todo ello implicado en la interacción comunicativa. Advierte, así, que el eufemismo, el disfemismo y los procesos mixtos de manipulación del referente, pueden trascender de una llana respuesta al tabú lingüístico, si se reconoce la valiosa información que aportan sobre el contexto sociocultural en que se circunscriben las situaciones de comunicación en un sentido amplio.

Es precisamente en el seno de las situaciones comunicativas y con el objetivo de estudiarlas que surge la necesidad de integrar en este marco teórico el concepto de

atenuación, pues logra potenciar al de cuasieufemismo, al posibilitar su examen en estadios inacabados semánticamente. Estudios pragmáticos dedicados al análisis de la cortesía verbal, como los de Briz (2003 y 2006), han definido la atenuación como estrategias de la conversación cuyos propósitos reguladores "mitigan la fuerza ilocutiva de una acción, el papel del sujeto y objeto de la enunciación o la fuerza significativa de una palabra, de una expresión, para lograr la aceptación del otro, el objetivo previsto (2006, p. 244).

Se concibe la atenuación en este estudio, entonces, como una estrategia mitigadora que por medio de diversos procedimientos entra en juego en el continuum disfemismo-cuasieufemismo-eufemismo para modificar el significado en determinadas situaciones de comunicación, permitiendo no solo explicar el paso de un uso a otro, sino también observar diversos niveles de minoración de acuerdo con la multiplicidad de factores que intervienen en el habla.

7. METODOLOGÍA

El estudio sincrónico que aquí se presenta se enmarca en los presupuestos teóricos y metodológicos de la sociolingüística, concebidos como se expuso en el apartado del Marco teórico. Tanto el objeto de estudio como la constitución de la muestra de hablantes y los corpus obtenidos de ella responden a un enfoque variacionista y contrastivo. Los datos se obtuvieron mediante técnicas de indagación mixtas: cuestionarios cerrados, cuestionarios semiestructurados y reconstrucción escrita de diálogos por parte de los hablantes, de lo que se deduce también un análisis de datos con perspectiva mixta, tanto cualitativa como cuantitativa.

Es una investigación cualitativa en tanto se procesaron los datos estableciendo categorías de análisis de su contenido, por ejemplo para llevar a cabo una configuración sociosemántica de los usos cuasiefuemísticos; y es cuantitativa toda vez que aun tratándose de una muestra no significativa en términos estadísticos, sí se propone la identificación de tendencias mediante el conteo para observar frecuencias proporcionales de los usos lingüísticos distribuidos en las diversas variables, así como un repertorio léxico que funciona como punto de partida, pero sin pretensión alguna de plantear teorías universales ni explicaciones definitivas.

Se constituyó una muestra estratificada, constituida por cuatro grupos de jóvenes con edad promedio de 16 años, mujeres y hombres, escolarizados en instituciones educativas

ubicadas en la ciudad de Cali, de distinta naturaleza, una pública y una privada. La primera muestra fue de 84 hablantes, pues se constituyó con la totalidad de los estudiantes que en sendas instituciones cursaban el undécimo grado de educación media. Posteriormente, tras la aplicación del primer instrumento de indagación, se estratificó la muestra en cuotas iguales de acuerdo con las variables de género y condición socioeconómica, hasta quedar en 56 hablantes: 28 de ellos estudiantes de un colegio del sector privado y 28 del sector público. En cada uno de estos grupos con igual cantidad de mujeres que de hombres, es decir, 14.

Para clasificar a los hablantes según su condición socioeconómica se tuvieron en cuenta dos factores: la naturaleza de la institución educativa en la que cursaban sus estudios, es decir privada o pública; y la estratificación socioeconómica en que cada uno de ellos declaró estar localizada su residencia, conformando así la categoría de condición socioeconómica baja con los ubicados en los estratos 1, 2 y 3 del colegio público, y la de condición alta con los que se ubicaron en los estratos 4, 5 y 6 del colegio privado.

Con el consentimiento informado tanto de los estudiantes como de las directivas de las instituciones educativas, se realizaron a modo de talleres “sobre la diversidad en el hablar de los jóvenes” dos sesiones con cada grupo. El investigador a cargo de este estudio se presentó como profesor y mantuvo su rol como tal a lo largo de los encuentros, pues los hablantes del colegio privado de hecho fueron sus estudiantes de Lengua castellana y literatura, y a los del colegio público les impartió previamente un seminario introductorio a

las habilidades en lectura crítica, como preparación para las pruebas de Estado. Es decir que en el momento de participar en las actividades de socialización y de aplicación de los instrumentos de indagación, los hablantes estuvieron en espacios escolares, pero relativamente deslindados de la formalidad de las clases y sus componentes curriculares.

Vale la pena destacar que sus nombres de pila no fueron requeridos, pues se permitió la utilización de seudónimos para la identificación primaria y sistemática como hablantes, y en todo caso ni los nombres suministrados ni los de las instituciones educativas son dados a conocer en este documento. Asimismo, se mantendrán bajo reserva y en custodia del responsable de este estudio en toda ocasión que tuviera lugar con motivo de la sustentación y divulgación de los hallazgos de la investigación.

En el primer taller, por medio de la aplicación de dos cuestionarios semiestructurados, uno individual y otro grupal, se obtuvieron los datos que permitieron la consolidación de la muestra y se hizo acopio de un repertorio inicial de usos ofensivos, inofensivos y neutrales en situaciones comunicativas sugeridas por los hablantes. Se registraron310 vocablos y expresiones en 1113 menciones en total.

Tras la sistematización parcial de los datos obtenidos, se llevó a cabo un segundo taller, en el que se aplicaron dos instrumentos de indagación: un cuestionario semiestructurado y otro abierto, con el objetivo de identificar algunos factores sociales vinculados a la atenuación, la conciencia de esta y de la interdicción y el grado de vulgaridad que en una

escala de 1 a 5 los hablantes de la muestra asignaron a los cuasieufemismos con mayor frecuencia de uso, siendo 5 el nivel establecido para aquellos considerados más vulgares. Los datos de esta asignación numérica permitieron establecer promedios de valoración de la vulgaridad, consignados y relacionados en la Tabla No. 2 (p.49).

Durante este último taller se solicitó a cada uno de los hablantes la recreación escrita de una conversación sencilla, en la que los interlocutores fueran ellos mismos u otros compañeros, para registrar el modo en que usan en la vida cotidiana el tipo de palabras objeto de la indagación. Es decir que mediante esta técnica se obtuvo un corpus de 56 textos dialógicos, con características esencialmente orales, pero registrados o reconstruidos por medio de la escritura: textos híbridos, semejantes a los de las interacciones que se gestan en las redes sociales virtuales, guardando las proporciones.

El procesamiento y análisis de los datos extraídos de los textos dialógicos suministrados por los hablantes, en correlación con los demás instrumentos aplicados, constituyó la base para la descripción sociosemántica de un conjunto de cinco vocablos, seleccionados por su frecuencia de uso, tanto general como particular, en función de cada una de las variables establecidas de acuerdo con el género y la condición socioeconómica. Así, la alta frecuencia de uso de “marica” en los registros de todos los hablantes motivó el primer análisis; la significativa proporción de hombres, en contraste con las mujeres, que usan de modo cuasieufemístico “güevón” y “huevón”, dio lugar al segundo; la marcada tendencia de las mujeres, a diferencia de los hombres, en el uso cuasieufemístico de “perra” es la razón

del tercero; la preferencia de los hablantes clasificados en la condición socioeconómica baja a usar los cuasieufemismos “sapo” y “sapa” motivó el cuarto análisis; y la proporción de hablantes de condición socioeconómica alta que, a diferencia de los de la baja, hacen uso frecuente del cuasieufemismo “gonorrea” definió el último de los análisis.

Para llevar a cabo la caracterización sociosemántica del fenómeno de la atenuación disfemística fueron analizados los 56 textos dialógicos según la configuración del significado propuesta por Halliday (1994), quien distingue en todo ‘registro’ tres componentes de la significación, a saber: ideacional, interpersonal y textual.

Siguiendo al lingüista inglés, el registro se entiende como la realización del significado potencial en situaciones de comunicación concretas, pero que no es en exceso específico, como para concebirlo cual manifestación única del significado, ni genérico como para poder examinarlo independientemente del contexto en que se hace manifiesto. Por ello sostiene que los textos se comportan como ejemplos de configuraciones típicas —es decir, registros— en contextos sociales concebidos como estructuras semióticas, cuyos elementos activan los componentes correspondientes “creando durante el proceso una configuración semántica, un agrupamiento de opciones favorecidas y resaltadas de entre el potencial de significado total, que se encuentra asociado típicamente al tipo de situación que se trata” (p. 190).

Un significado es, entonces, desde esta perspectiva metodológica, resultado de dicha configuración, que en un plano de la significación se localizaría por medio de los puntos que determinan las coordenadas de tres componentes funcionales, vinculados a su vez con tres factores situacionales.

1. Componente ideacional: en el que se agrupan el componente experiencial y el lógico del significado, la representación de la realidad. Es activado por el factor situacional *campo*, la selección de opciones determinada por la naturaleza de la actividad. En términos demasiado sencillos se podría tratar del 'asunto' en que se inscribe la comunicación en la acción social, por ejemplo un juego, una clase, un saludo, una despedida, una confidencia, etc.
2. Componente interpersonal: determinado por las relaciones y roles de los participantes de la comunicación, que se activa por el factor situacional *tenor*; selección de opciones vinculada a los papeles de los hablantes, siempre que intervengan en la significación, como los roles de género y la presencia o ausencia de los referentes en la comunicación, en los que se concentra el presente estudio.
3. Componente textual: que entraña la 'textura' del significado, determinada por el factor situacional *modo*, incluyendo la distinción entre medio hablado o escrito y las 'subvariedades' derivadas de él (p. 189), asimismo la función semiótica y como parte de ella los conceptos retóricos, tales como la exposición, la descripción, la persuasión y particularmente la apelación, la exclamación, la valoración y la nominación, por medio de los que en este estudio se reconoce la textura de los significados.

Además de la descripción sociosemántica que posibilitó el uso de este aparato conceptual y metodológico, se articuló al análisis la gradación de los usos cuasieufemísticos con base en la valoración de los niveles de vulgaridad asignados por los hablantes, y las manifiestas intenciones de uso, todo ello distinguiendo la posible variación por género y condición socioeconómica.

Por último, se planteóuna reflexión desde la perspectiva de la sociolingüística, centrada en la identificación de las dinámicas sociales que funcionan como trasfondo, contexto y núcleo de tensiones en la dimensión lingüística, con su correlato en el campo de las ideologías, identidades y prácticas ligadas al acceso a los medios y tecnologías de la información y la comunicación.

De este modo se obtuvieron y analizaron los datos que a continuación se presentan como un estudio de los procesos a través de los cuales la significación literal da paso a la significación connotativa en las situaciones de comunicación, pues los usos disfemísticos, así como los eufemísticos y los “procesos mixtos de manipulación del referente” (Crespo Fernández, 2005), solo pueden ser identificados, descriptos y analizados en virtud de los contextos, razón por la cual se dio especial atención a la determinación de los factores sociales en el habla y al habla como actuación social.

8. HALLAZGOS

8.1. Repertorio de usos disfemísticos y cuasieufemísticos

Fueron referidos por el conjunto de los hablantes de la muestra 310 vocablos o expresiones, para un total de 1113 menciones, entre disfemismos y cuasieufemismos. De esa primera cantidad, aproximadamente la mitad (152 según la valoración de los hablantes) es usada con frecuencia alta. Sin embargo, solo una de las palabras alcanza la cantidad de menciones correspondiente al número de hablantes de la muestra, es decir 56: *marica*. Se podría decir que esta fue mencionada por cada hablante, seguida en su orden por *mierda, gonorrea, hijueputa, malparido, perra, sapo, puta, estúpido, imbécil, sapa, pendejo, idiota, malparida, pirobo, güevón, chimba* y *jueputa*, seguidas por vocablos con una mínima proporción en el registro.

Y de dicho total de menciones, las mujeres aportan 525, en tanto los hombres 588. En cuanto al aporte de aquellos de condición socioeconómica baja, es de 594, frente a 519 de los de condición alta. Estas cifras, que por ahora muestran una ligera superioridad en la cantidad de menciones de los hablantes de sexo masculino y aquellos ubicados en el estrato socioeconómico bajo, se verá modificada en la primera variable, en lo que a usos cuasieufemísticos se refiere.

Para el análisis de la atenuación se toma como punto de partida la valoración del uso en cuanto a su carga ofensiva o inofensiva, incluyendo la considerada neutral por los hablantes. De esta manera, se obtiene que del repertorio vitando aportado por los hablantes, las palabras de uso ofensivo que mayor frecuencia muestran son, en su orden: *malparido, hijueputa* (con algunas variantes), *gonorrea, imbécil, pirobo, perra, estúpido, sapo, puta, idiota, mierda* y *sapa*.

Del otro lado se encuentran las de uso inofensivo, cuya mayor cantidad de menciones corresponden, en su orden, a: marica, mierda, hijueputa —con algunas variantes—, sapo(a), chimbo(a), malparido(a), güevón —con algunas variantes—, gonorrea, perra, estúpido(a), puta y baboso(a). Al cotejar ambos grupos de palabras se observa que si bien algunas de ellas responden a ambos tipos de usos —ofensivos e inofensivos—, la frecuencia de estos difiere, dato que podría ser interpretado como muestra de la atenuación disfemística cuando la frecuencia de uso aumenta en la intención inofensiva. Es el caso, por ejemplo, de *marica*, en el que el análisis comparativo revelaría que es mayor la frecuencia de uso inofensivo que ofensivo, y por lo tanto más tendiente a la atenuación (ver Tabla No. 1).

Tabla No. 1

Intencionalidades inofensivas y ofensivas en selección de palabras de uso cuasieufemístico frecuente

Palabras de uso cuasieufemístico frecuente	Intencionalidad inofensiva	Intencionalidad ofensiva	Total menciones
Marica	50	7	56
Mierda	30	9	39
gonorrea	19	19	38
hijueputa	14	22	36
malparido	9	26	35
Perra	17	13	30
Sapo	13	13	26
Puta	14	9	23
estúpido	10	13	23
Sapa	14	8	22
malparida	11	8	19
güevón	14	3	17
chimba	15	1	16
jueputa	13	3	16
baboso	6	6	12
estúpida	6	1	7
babosa	5	1	6
huevón	4	2	6
chimbo	5	0	5
estúpido/a	2	3	5
la chimba	3	0	3
guevón	2	1	3

En la misma línea de análisis comparativo, se observa el hecho de que “marica”, la palabra con mayor frecuencia de uso cuasieufemístico, no se encuentra entre las de destacado uso ofensivo: solo 7 de las 448 menciones con este tipo de uso le corresponden. Situación contraria refleja el aumento en la frecuencia de uso ofensivo de palabras como hijueputa, malparido y estúpido. De hecho, dos de estas tres palabras, entre el conjunto de los usos cuasieufemísticos más frecuentes, son valoradas como las más vulgares, por parte de los hablantes (ver Tabla No. 2).

De esta manera, el grado de vulgaridad correlacionado con la intencionalidad ofensiva o inofensiva posibilita una aproximación al fenómeno de atenuación disfemística en términos de gradación, deduciendo que, con algunas excepciones[1] y la determinación de otras variables, a mayor frecuencia de uso inofensivo, menor valoración en la escala de vulgaridad, por lo tanto se observaría mayor tendencia hacia el uso cuasieufemístico, es decir, a la atenuación de los disfemismos; el efecto contrario mostraría una resistencia en la atenuación.

Tabla No. 2

Promedio de valoración de la vulgaridad en selección de usos cuasieufemísticos frecuentes[2]

Palabras de frecuente uso cuasieufemístico	Mujeres			Hombres			Total general
	Condición socioeconómica baja	Condición socioeconómica alta	Total mujeres	Condición socioeconómica baja	Condición socioeconómica alta	Total hombres	
hijueputa, jueputa	3,9	3,9	3,9	4,3	4,4	4,4	**4,1**
malparido, malparida	3,4	4,1	3,7	3,9	3,4	3,6	**3,7**
perra	3,8	3,8	3,8	3,4	3,6	3,5	**3,7**
puta	3,5	3,8	3,6	3,4	3,8	3,6	**3,6**
gonorrea	2,7	4,0	3,3	3,6	2,9	3,2	**3,3**
sapa, sapo	2,4	2,4	2,4	2,1	2,5	2,3	**2,4**
estúpido, estúpida	2,4	2,6	2,5	1,9	2,2	2,1	**2,3**
güevón, huevón	2,6	2,4	2,5	1,7	1,9	1,8	**2,1**
marica	2,4	1,9	2,2	1,9	1,9	1,9	**2,1**
baboso, babosa	1,9	1,9	1,9	2,4	2,0	2,2	**2,0**
mierda	1,3	2,4	1,9	2,3	1,9	2,1	**2,0**
chimbo, chimba	2,5	1,6	2,1	2,3	1,3	1,8	**1,9**

[1] "Estúpido", "sapo" y "baboso" —en masculino— muestran mayor frecuencia de uso ofensivo que inofensivo, a pesar de que son considerados poco vulgares al presentarse en bloque; por lo cual es probable que si se indagara por separado entre la valoración de la vulgaridad en masculino y femenino se encontrara mayor correspondencia con la intencionalidad; es decir que se obtenga que "estúpido", "sapo" y "baboso" resulten ser valorados como más vulgares que "estúpida", "sapa" y "babosa". También se observa como excepción el hecho de que "perra" sea más usado con intenciones inofensivas por los hablantes de condición socioeconómica baja, a pesar de ser valorado como muy vulgar en general.

[2] A pesar de que en la indagación a los hablantes de la muestra por el grado de vulgaridad que asignan a los más frecuentes usos cuasieufemísticos les fue presentado en bloque el masculino y femenino de algunas palabras que aparentemente en el nivel léxico no representan una importante variación (malparido y malparida, sapo y sapa, estúpido y estúpida, baboso y babosa, chimbo y chimba), desde la perspectiva sociosemántica, al analizar registros específicos sí se observa algunas diferencias.

Este tipo de atenuación, observable en algunos de los usos aquí descriptos, se puede confirmar revisando el repertorio que se obtiene al indagar acerca del léxico que los hablantes no usarían en relación con el género, sin perder de vista que el habla analizada se realiza de forma oral, en contextos informales y con relaciones relativamente horizontales, entre pares. En los registros esperables, el género es precisamente uno de los factores que relativizaría aquella horizontalidad en las relaciones entre compañeros y amigos de similar edad y condiciones socioeconómicas; por eso el repertorio limitado en consecuencia del género podría dar algunas luces acerca de la atenuación resistente.

Los hombres consultados son los hablantes que menor limitación manifiestan en el uso cuasieufemístico en interacciones con pares del mismo género; en cambio al interactuar con mujeres, la gran mayoría evita usos en los que parece persistir la dimensión disfemística en relación con la sexualidad y la promiscuidad de ellas: “perra” y “puta”, revelando quizás ciertos lastres de una ideología de género predominante en Latinoamérica, definida por algunos especialistas como *marianismo*, una especie de exaltación moral de las mujeres y lo femenino, vinculada a la creencia cristiana en las características morales y asexuales de la virgen María(Ver p. e. Stevens, 1977). Esta ideología podría ser un factor social contribuyente en determinados sectores sociales más que en otros.

En contraste, pero con el mismo sustento ideológico, las mujeres indagadas expresan tener limitaciones en los usos cuasieufemísticos, tanto en el trato con otras mujeres como

con los hombres. Apenas una tercera parte dice no cuidar el léxico en consonancia con el género de su interlocutor. En la mayoría de los casos en que sí hay unas limitaciones, el repertorio limitado está formado ante todo por palabras que declaran no usar cuando se dirigen a hombres: “gonorrea”, “puta”, “perra” y “güevón”, lo que sugiere la persistencia de pudor en un campo semántico que se configura por medio de juicios de valor hacia conductas y/o atributos físico-genitales considerados negativos si el sujeto es masculino. Como se ve en el apartado dedicado al análisis sociosemántico de “marica”, aun tratándose de un uso cuasieufemístico tan extendido, se comporta sobre todo como una marca de relaciones de amistad del mismo género. Se podría presumir que una de las fuentes de resistencia a la atenuación disfemística se encuentra en la relación entre hablantes de distinto género, para evitar intromisiones y/o sanciones en la dimensión sexual.

Pese a lo anterior, los datos suministrados por el conjunto de hablantes revelan que es mayor la cantidad de menciones de usos cuasieufemísticos aportada por las mujeres que la de los hombres, en una relación de 55 % frente al 45 %. Este dato no debe sorprender mucho si se considera que la atenuación como recurso pragmático-lingüístico se ve favorecida por la relación de desigualdad social entre los interlocutores (Briz, 2006, p. 239); y aún menor será la sorpresa al observar que aquella mayor contribución proviene de las mujeres de la condición socioeconómica baja, haciendo inclinar la balanza hacia este estrato. Es decir que teniendo como parámetro la cantidad de menciones de usos cuasieufemísticos, del conjunto de la muestra quienes tienen mayor tendencia hacia ellos

son las mujeres y los hablantes de condición socioeconómica baja. Frente a ello, vale la pena anotar que la mayor aportación de usos ofensivos —disfemísticos— la hacen los hombres, con una mínima diferencia entre los estratos de condición socioeconómica.

No obstante, el examen de un conjunto de conversaciones recreadas por los hablantes, para identificar la frecuencia en los turnos de conversación, en las voces enunciadoras y en los textos dialogales aportados, en la generalidad de los datos no revela una diferencia sustancial en función de las variables de género y condición socioeconómica. Se obtuvo que en cada turno de conversación se realiza en promedio un uso cuasieufemístico, lo cual deriva en que cada voz responsable de los enunciados aporte entre dos y tres de estos usos en una conversación informal, de corta duración, casi siempre entre dos hablantes del mismo género, teniendo así diálogos en los que se realizan entre cinco y seis usos cuasieufemísticos. Esta caracterización general se matiza al observar la frecuencia de mención de los usos cuasieufemísticos en particular (Ver apartado de caracterización sociosemántica).

Como se ve, hasta aquí se ha logrado bosquejar un panorama de los hallazgos acerca del fenómeno de la atenuación disfemística basado en el repertorio y en la frecuencia de menciones por parte de la comunidad de hablantes que constituye la muestra, privilegiando el análisis de datos cuantitativos. Este panorama ofrece, pues, una especie de plano general sobre el fenómeno, y sin dejar de ser revelador invita a un mayor acercamiento, para fijar la mirada en los detalles que podría ofrecer—continuando el parangón— un

primer plano, ratificando la necesidad de caracterizar el fenómeno de la atenuación disfemística no solo en el nivel léxico, sino también en uno que podría denominarse sociosemántico, en tanto procure enlazar los significados a micro y macro dinámicas sociales, con lo que se confirma lo planteado por Crespo Fernández (2005, p. 33)en cuanto a que lo disfemístico o cuasieufemístico no sería determinada lexía o repertorio léxico en sí, sino sus usos en contextos.

8.2. Actitud lingüística frente a la atenuación de los disfemismos

El 89 % de los hablantes de condición socioeconómica alta considera que los usos que da al léxico vitando no son ofensivos, así como el 82 % de la baja. En cuanto a la variable de género, el 93 % de las mujeres no lo considera ofensivo, y también así el 79 % de los hombres de la muestra. La mayor diferencia se encuentra en los hombres de la condición socioeconómica alta, categoría en la cual un 21 % expresa hacer uso mayoritariamente ofensivo de este tipo de palabras.

El lugar privilegiado para los usos cuasieufemísticos seleccionados es el espacio escolar, por parte de la generalidad de los hablantes de la muestra. Sin embargo, resulta significativo que aquellos de la condición socioeconómica baja no tienen —como los de condición alta—en segundo lugar la casa, sino las redes sociales virtuales. Y a su vez, este escenario es poco referido como lugar de frecuente uso cuasieufemístico por parte de los

hombres consultados. Quizá lo más relevante del hallazgo es que se visibiliza como una oportunidad de matizar la predecible tensión al respecto en escenarios o instituciones caracterizadas tradicionalmente por ejercer control sobre el lenguaje interdicto: la escuela y la familia; lo que hace suponer que la flexibilidad frente a la atenuación disfemística también está recibiendo favorabilidad institucional. Lo anterior es reforzado por las condiciones de inicio de los usos causieufemísticos seleccionados, según recuerda la mayor parte de los hablantes: la pubertad, en el contexto escolar.

Si bien se puede percibir en la actitud lingüística plena conciencia de los usos cuasieufemísticos, no es así acerca de las razones de tales usos, en ninguna de las variables analizadas. La mayor parte de los hablantes esgrime causas que los posicionan como agentes pasivos llevados por un fenómeno inercial de difícil explicación: “Son tan pegajosas [las palabras de uso cuasieufemístico] que no soy consciente de que las uso” y “es tan normal usarlas, que hasta en la música, la televisión y el cine lo hacen”. Otras causas que siguen a aquellas selecciones apuntan hacia la observación del habla como factor de identidad social: “Así hablamos los jóvenes” y “es una forma de identificarme con mis amigos”. Ni uno solo de los hablantes que compone la muestra manifestó el uso de este tipo de recurso como rasgo de identidad de género o de clase social.

La aparente inconsciencia acerca de las causas de la atenuación disfemística por parte de los hablantes puede tener su correlato en la prevalencia de la intencionalidad manifiesta de desahogarse por medio del habla, que, como se verá en las siguientes páginas, algunos

ponen en juego al realizar gran parte de los usos causieufemísticos frecuentes, en especial los que no se proponen el establecimiento y/o conservación de relaciones cercanas con sus interlocutores ni los que apelan al recurso humorístico, pues ambas intencionalidades demandan mayor conciencia de parte del sujeto enunciador, a diferencia de la expresión del desahogo y la manifestación de la sorpresa, que podrían realizarse con mayor flujo de espontaneidad y descuido, aunque todas ellas en registros informales coloquiales.

8.3. Caracterización sociosemántica de la atenuación disfemística

Como se ha dicho, el punto de partida para reconocer en un fragmento de la dimensión empírica la atenuación disfemística fue el tipo de uso, discriminado como ofensivo e inofensivo, a lo que se añadió la correlación con la gradación de la vulgaridad según la valoración de los hablantes. Sin embargo, el reconocimiento de los contextos de dichos usos demanda prestar atención a la particularidad de las situaciones de comunicación y, por ende, a las intenciones.

La indagación acerca de las intenciones que motivan los usos cuasieufemísticos seleccionados por su mayor frecuencia de mención permite clasificarlas en cuatro categorías:

a) Expresión lingüística del desahogo. Ejemplo: *¡ay! jueputa me metí por donde no era.*

b) Establecimiento y/o conservación de la cercanía con el interlocutor. Ejemplo: *marica, si vieras lo que me pasó.*

c) Apelación al recurso humorístico. Ejemplo: *tan babosa, vos si sos…jajaja.*

d) Manifestación de sorpresa. Ejemplo: *¡mierda! ¿qué pasó?*

En el continuum del disfemismo-eufemismo es posible vincular aquellas categorías de intenciones de uso a la gradación de la atenuación. Así, dos de los cuatro usos cuasieufemísticos más frecuentes y atenuados: *marica, güevón, mierda* y *chimbo-chimba*, son motivados por el establecimiento y/o conservación de la cercanía con el interlocutor, un tercer uso por la expresión lingüística del desahogo, y solamente uno por la manifestación de la sorpresa. En contraste, tres de los cuatro usos cuasieufemísticos que se han caracterizado por la atenuación resistente: *malparido-malparida, perra, puta* e *hijueputa-jueputa*, muestran una tendencia a privilegiar precisamente la expresión lingüística del desahogo, mientras que apenas uno es motivado por el establecimiento y/o conservación de la cercanía con el interlocutor. (Ver Tabla No. 3).

De lo anterior se podría desprender que las intenciones que más motivan la atenuación disfemística son aquellas diferentes a la satisfacción de la necesidad catártica que posibilita el lenguaje: las que procuran establecer relaciones cercanas, empáticas e incluso afectuosas con el interlocutor. Estos usos propenden, entonces, hacia una configuración semántica en la que las opciones favorecidas se asocian especialmente —aunque no de

forma exclusiva o determinante—al componente interpersonal del significado, en términos de Halliday (1994, p. 190).

Finalmente, a este respecto vale la pena decir que las mujeres y los hablantes de la condición socioeconómica baja tienden a privilegiar la expresión del desahogo y el establecimiento y/o conservación de la cercanía con el interlocutor; mientras que en el análisis de los datos aportados por los hombres y los hablantes de condición socioeconómica alta, la tendencia se aparta un poco del componente interpersonal y se traslada a la manifestación de la sorpresa y la apelación al recurso humorístico. De esta manera, parece reiterarse la idea de que la atenuación disfemística está vinculada a la desigualdad social y se encuentra motivada especialmente por la búsqueda y/o conservación de relaciones comunicativas cercanas.

Tabla No. 3
Categorías en que se agrupan las intenciones motivadoras
de los usos cuasieufemísticos seleccionados

Intenciones	marica	güevón	mierda	chimbo, chimba	gonorrea	estúpido, estúpida	sapa, sapo	baboso, babosa	malparido, malparida	perra	puta	hijueputa, jueputa
Apelación al recurso humorístico	17 %	8 %	8 %	4 %	22 %	36 %	33 %	34 %	10 %	9 %	3 %	13 %
Expresión lingüística del desahogo	17 %	15 %	86 %	35 %	39 %	50 %	44 %	24 %	60 %	27 %	73 %	68 %
Manifestación de sorpresa	6 %	3 %	6 %	54 %	22 %	4 %	11 %	0 %	5 %	5 %	17 %	13 %
Establecimiento y/o conservación de la cercanía con el interlocutor	60 %	74 %	0 %	2 %	17 %	11 %	11 %	41 %	25 %	55 %	7 %	2 %
Otras	0 %	0 %	0 %	4 %	0 %	0 %	0 %	0 %	0 %	5 %	0 %	4 %

8.3.1. Caracterización sociosemántica de “marica”

“Marica” (y su variante escrita “mk”) es el uso cuasieufemístico que más se presenta en el conjunto de conversaciones analizadas: 77 veces mencionada en un total de 55 textos dialógicos. Se encuentra en aproximadamente la mitad de los registros como el primer cuasieufemismo usado, sobre todo como vocativo nominal y calificativo, y también, en menor medida, integrado a expresiones interjectivas.

La palabra es incorporada en las conversaciones recreadas por casi el doble de los hablantes de condición socioeconómica alta en relación con la cantidad de menciones de los hablantes de la condición baja (65 % y 35 % respectivamente). Aunque en menor proporción, la variable de género parece a simple vista mostrar alguna diferencia, pues el 53 % de las menciones son atribuidas a hablantes hombres, mientras que el 42 % a mujeres. Atención particular requiere el contraste de este dato en relación con el promedio de uso de la palabra en los turnos de conversación y al considerar cada texto dialógico como unidad, pues allí se nivela y hasta llega a incrementarse ligeramente el uso que le dan las mujeres a “marica”. Es decir, que si bien se atribuye la mayor cantidad de usos a los hombres, esta diferencia tiende a desaparecer al examinar el promedio de veces que los hablantes hombres y mujeres la usan en cada enunciado y conversación en particular; rasgo diferencial que no se encuentra en otro de los usos cuasieufemísticos aquí descriptos. En cambio la variación observada entre hablantes de condición socioeconómica alta y baja se confirma con el examen de los promedios de uso en los

turnos de conversación: mientras en la estratificación alta aproximadamente cada tres turnos se observa el uso, en la baja cada seis. También es posible confirmar dicha variación al cotejar el promedio de uso en sendos diálogos, en relación aproximada de dos a uno. (Ver Tabla No. 4).

Tabla No. 4

Variación diastrática del uso cuasieufemístico de "marica"

basada en datos cuantitativos

Cuasieufemismos emparentados semánticamente	Variación determinada por el género		Variación determinada por la condición socioeconómica		Unidad de análisis
	Mujeres	Hombres	Alta	Baja	
marica, mk	42 %	53 %	65 %	35 %	Conjunto de menciones (porcentaje)
	1,5	1,3	1,7	1,0	Texto dialógico (promedio)
	0,7	0,7	0,8	0,6	Voz enunciadora (promedio)
	Cada 4 turnos	Cada 4 turnos	Cada 3 turnos	Cada 6 turnos	Turno de conversación (promedio)

El bosquejo de una configuración semántica del uso cuasieufemístico de "marica", determinado por los componentes ideacional, interpersonal y textual se sintetiza de la siguiente manera:

Componente ideacional: Los registros acopiados permiten ubicar el uso en conversaciones que a menudo se realizan en espacios escolares, lo cual determina contundentemente el contexto temático de dichas conversaciones, siendo los más recurrentes aquellos en que los hablantes se encuentran, ya para recordar la realización de un deber escolar casi siempre incumplido o para valorarlo de manera negativa. Lo sigue, indefectiblemente, la incorporación a fórmulas de saludo y/o introducción a las conversaciones, pues, como se ha sugerido, "marica" funciona como una especie de detonante de los usos

cuasieufemísticos: al mismo tiempo allana el terreno comunicativo con marcas de informalidad, confianza y cercanía, e invita y autoriza al interlocutor a seleccionar del repertorio este y otros cuasieufemismos.

No menos importantes para la significación son los contextos conversacionales que posibilitan la expresión de la posición frente a temas como los ya expuestos u otros (predilecciones musicales, deportivas, de consumo, etc.), tanto de forma negativa como positiva. También es recurrente la selección de este uso cuasieufemístico en la narración de anécdotas y confidencias que se vinculan de forma más o menos directa a la dimensión erótico-afectiva. Por último, pocos registros se realizan en fórmulas de despedida y/o conclusión de los diálogos.

Componente interpersonal: La configuración semántica en este componente muestra que el uso cuasieufemístico “marica” significa sobre todo cercano, semejante y amigo en las relaciones del mismo género, con alguna predominancia de los hablantes hombres. En las interacciones entre hablantes de distinto género el significado conserva la característica de procurar y/o mantener cercanía con el interlocutor, mas en estos casos se mengua la relación de paridad y afecto.

Como corolario de lo anterior, el significado de “marica” en estos contextos se asocia con la identificación de los hablantes en cuanto a las posiciones, que en los pocos casos que resultan contrarias, reciben un matiz. También se observa entre las intencionalidades

específicas el interés persuasivo expresado de manera directa a través de la solicitud o, de formas más implícitas, cuando se trata, por ejemplo, de la búsqueda y obtención de la adhesión a las opiniones e incluso cuando se manifiesta la sorpresa.

Otro rasgo interpersonal del significado de este cuasieufemismo es que en la medida en que se aparta del uso disfemístico, se realiza teniendo como referente al interlocutor y no a un tercero; es decir que cuanto más lejano del contexto comunicativo se encuentre el referente de "marica", menor es la atenuación: "ese marica…" se observa menos atenuado que "ve, marica…". Como se trata de una configuración, es claro que este rasgo se encuentra fuertemente determinado por las selecciones en el componente textual, como se verá a continuación.

Componente textual: Es precisamente esta dimensión de la configuración semántica la que ofrece mayores posibilidades de categorización de los usos cuasieufemísticos, por tratarse de un número limitado de realizaciones textuales, muy susceptibles al establecimiento de convenciones que facilitan la clasificación. Así, se puede distinguir con claridad los usos de "marica" en textos que apelan al interlocutor, llamando su atención, bien sea para informarlo, persuadirlo o interrogarlo, en los cuales la función comunicativa recae sobre el vocativo. En menor proporción se encuentran los textos exclamativos y, en menor cantidad aún, los textos que valoran o califican determinados referentes (situaciones, personas, objetos concretos y abstractos, etc.).

Así como la presencia del referente sobre el que recae el uso cuasieufemístico de “marica” ofrece señales de su atenuación, el tipo de texto que favorece la comunicación con ese referente también es muestra del fenómeno atenuador del significado disfemístico: los usos textuales orientados hacia la calificación y la exclamación presentan un significado menos atenuado que aquellos apelativos. La ausencia del referente en las expresiones interjectivas puede justificarse en su indeterminación o abstracción: “marica” en estos textos no es un sujeto que se pueda localizar espaciotemporalmente; es una entidad fugaz, impulsiva, elemental, con un referente que conceptualmente se podría encontrar inclusive más ausente que el tercero de una conversación.

La Tabla No. 5 presenta una posible configuración semántica del uso cuasieufemístico de “marica”, logrado mediante el análisis de la correlación de los tres componentes (ideacional, interpersonal y textual), sirviéndose de registros que funcionan como ejemplos típicos de cada tipo de situación (Halliday, 1994, p. 190). En esta se observa el favorecimiento de las opciones textuales apelativas, en conversaciones entabladas por hablantes del mismo género, determinadas por los diversos temas, los cuales empiezan a limitarse en enunciados de mujeres hacia hombres, para volverse excepcionales en aquellos que los hombres dirigen hacia las mujeres.

En los textos exclamativos, que se realizan por medio de interjecciones, la configuración muestra la presencia de usos en todas las categorías temáticas encontradas, al tratarse de conversaciones entre hablantes hombres, presencia que se ve reducida en las

conversaciones entre mujeres y carece de registros en los diálogos entre hablantes de distinto género.

En los textos valorativos en que se realiza el uso cuasieufemístico de “marica” por la vía de la adjetivación, el referente tiende a encontrarse ausente del espacio y el tiempo inmediato de la conversación, además de distante en términos afectivos, con excepción de dos registros similares entre hablantes mujeres[3].

A pesar de que, como antes se indicó, en el nivel léxico es sobresaliente la frecuencia del uso cuasieufemístico de “marica” en los diálogos de los hablantes de condición socioeconómica alta, en el nivel semántico la variación observada entre los usos de las dos estratificaciones resulta imperceptible.

[3]Se observan dos casos excepcionales en los que se realizan usos cuasieufemísticos de “marica” en textos valorativos enunciados por mujeres, cuyos referentes presentes son otras mujeres. Ver ejemplo marcado con * en la Tabla No. 5.

Tabla No. 5

Configuración semántica del cuasieufemismo “marica” en registros típicos

Componente interpersonal		**Componente ideacional**				**Componente textual**
		Deberes escolares	**Saludo y/o introducción**	**Manifestación de posiciones**	**Anécdotas y confidencias**	
Referente presente	Hombre-hombre	Marica, qué pereza ese trabajo que nos dejaron	Entonces qué, marica. Ese milagro de verlo por acá en la cancha	Ve, marica, mirá a esa pelada bonita	No, pues que estaba saliendo de Unicentro y me atracaron, marica	**Apelación mediante vocativo**
	Mujer-mujer	Usted si es bien estúpida. Tenga, marica, cópiela	Ve, marica, ¿cuándo salimos?	¿En serio? Qué gonorrea, marica, ese es el novio de Laura	Marica, mirá que ayer vi a un man relindo	
	Mujer-hombre	Marica, estás jodido: el profe va a hacer una actividad evaluable usando la tarea			Marica, te tengo que contar algo que me pasó ayer. Ayer fue un día de mierda	
	Hombre-mujer		Que más, marica, ¿cómo vas?			
Referente ausente	Hombre-hombre	Ay marica, se me olvidó que había examen de Física	Uy marica,ese concierto va a estar una chimba, güevón	¡Ay marica! Qué pena con vos	¡Ay marica! No jodás. ¿Y qué te robaron?	**Exclamación mediante expresión interjectiva**
	Mujer-mujer	¡Ay marica! ¿Y qué vas a hacer?		Ay marica, me jodí en serio		
	Mujer-hombre					
	Hombre-mujer					
	Hombre-hombre	Bueno, yo le escribo a estos maricas que a las 5:00 de la tarde.		¿Si viste el gol de ese marica, el que es nuevo?		**Valoración mediante la calificación**
	Mujer-mujer			Ja, tan marica. ¿Me creyó chofer?*		
	Mujer-hombre					
	Hombre-mujer			Jajaja ¡Mucha babosa! Dejá la bobada, esos maricas se lo buscaron		

8.3.2. Caracterización sociosemántica de “güevón”

“Güevón” —y en menor proporción “huevón”— es el uso cuasieufemístico que mayor favorabilidad muestra en la variable de género masculino en relación con la del femenino: de un total de 32 registros, el 78 % frente al 16 % de dichos usos en los diálogos es atribuido a hablantes hombres, que en marcada tendencia se dirigen a otros hombres; en apenas una séptima parte de los diálogos una mujer lo usa para referirse a otra, y únicamente se encuentran dos registros en conversaciones sostenidas entre hablantes de distinto género. La presencia de este uso cuasieufemístico se puede observar en aproximadamente la mitad de los textos dialógicos recreados por la totalidad de los hablantes constituyentes de la muestra, y en similar proporción en las voces caracterizadas como masculinas en el corpus. Es decir que especialmente por cuenta de los usos cuasieufemísticos de los hablantes hombres, “güevón” es el que con mayor frecuencia se registra después de “marica”. Asimismo, del conjunto de usos cuasieufemísticos aquí descriptos, es precisamente el que los hablantes hombres consideran menos vulgar (junto con “chimbo” y “chimba”), seleccionado ante todo con intenciones de uso inofensivo (Ver Tabla No. 2 y Tabla No. 3).

Ya sea que se realice por medio del vocativo, integrado a expresiones interjectivas o, en escasos registros, a través de la función calificativa, se observa con mayor frecuencia en los turnos de conversación de los hombres de condición socioeconómica alta: en promedio cada 8 turnos; mientras que en los diálogos de aquellos ubicados en la estratificación baja

el promedio de uso es cada 13 turnos (Ver Tabla No. 6). En ese sentido, también es posible distinguir variaciones en función de la posición del cuasieufemismo en el enunciado: en los textos apelativos aportados por los hablantes de condición socioeconómica alta hay mayor tendencia a localizar el vocativo al final. Y los diálogos recreados por los hombres de condición socioeconómica baja son los que registran los usos de calificativos cuyos referentes no son terceros ni los mismos hablantes, sino sus interlocutores. Es posible que ambas particularidades sean indicio de mayor y menor atenuación, respectivamente; aunque será necesario prestar atención a aquellos registros en la configuración semántica, dada la particular conjugación de los componentes del significado, que podría, por ejemplo, compensar la atenuación en la dimensión interpersonal.

Tabla No. 6

Variación diastrática del uso cuasieufemístico de "güevón" basada en datos cuantitativos

Cuasieufemismos emparentados semánticamente	**Variación determinada por el género**		**Variación determinada por la condición socioeconómica**		**Unidad de análisis**
	Mujeres	**Hombres**	**Alta**	**Baja**	
güevón huevón	16 %	78 %	62,5 %	37,5 %	**Conjunto de menciones (porcentaje)**
	0,3	0,8	0,7	0,4	**Texto dialógico (promedio)**
	0,2	0,5	0,4	0,3	**Voz enunciadora (promedio)**
	Cada 26 turnos	Cada 7 turnos	Cada 8 turnos	Cada 13 turnos	**Turno de conversación (promedio)**

La determinación de los componentes ideacional, interpersonal y textual en los registros obtenidos de "güevón" y "huevón" se sintetiza a continuación:

Componente ideacional: Con similar frecuencia se presenta el registro en conversaciones cuyo contenido se ubica en la categoría de interacción mediada por la valoración recurrentemente negativa de deberes escolares e incumplimientos, y en la de intimación mediante la narración de cortas anécdotas y confidencias que suelen girar en torno a gustos o situaciones erótico-afectivas.

Con menor cantidad de registros se encuentran diálogos centrados en la persuasión y la valoración, tanto negativa como positiva, de situaciones, conductas u objetos de consumo. Con una mínima frecuencia se presenta este uso cuasieufemístico en saludos e introducciones de conversación.

Componente interpersonal: Como se ha anticipado, la caracterización de este uso cuasieufemístico se concentra en la variación diastrática de género. Al ser el cuasieufemismo más usado por los hombres de la muestra de hablantes en relación con los de las mujeres, los registros en los que se encuentra permiten vislumbrar no solo que es contundente la preferencia a usarlo para dirigirse a interlocutores hombres, sino que dichos registros son la muestra de la manera particular de establecer relaciones afectivas, solidarias y muy cercanas por medio del habla. Podría decirse que el significado “güevón” y “huevón” contiene el uso cuasieufemístico con mayor carga afectiva positiva entre los hablantes hombres, y que si bien es cierto que se registra su realización en determinado tipo de textos con carga negativa, el uso en esos casos logra algo más que un matiz a la hora de expresar la oposición: es una especie de apelación a la hermandad, por medio de

la cual se anticipa que incluso al posicionarse desfavorablemente frente al interlocutor, tal oposición es inocua para el vínculo socioafectivo y lingüístico.

Por su parte, el componente interpersonal en los registros de habla realizados entre hablantes mujeres deja entrever relaciones con alto nivel de confianza, especialmente en la estratificación socioeconómica alta, pues en la baja solo se presenta un registro. En las pocas conversaciones que se dan entre hablantes de distinto género, las particularidades se hallan en el referente y en el contexto espacial: el único registro en que un hombre incorpora el uso cuasieufemístico “güevón” en un diálogo sostenido con una mujer, es para referirse a un tercero —hombre— indeterminado (Ver Tabla No. 7); y el único registro en que una mujer se refiere a un hombre como “güevón”, lo realiza en su propia casa, a diferencia de la mayoría de registros, que tienen como contextos espacios escolares.

Componente textual: También se construyen tres categorías para el análisis y configuración semántica del uso cuasieufemístico “güevón” y “huevón”. La de mayor recurrencia se realiza en textos apelativos, por medio de la función del vocativo; y con pocos registros de frecuencia similar entre sí, la categoría de textos valorativos y la de textos exclamativos.

Como ya se había anticipado al inicio de este apartado, es posible observar una característica particular de acuerdo con la determinación del componente textual en la variable de condición socioeconómica, pues aquellos usos que son realizados por los

hablantes hombres en textos calificativos tienen preeminencia en la estratificación baja. Y la ubicación al final del enunciado se presenta preferentemente en los textos apelativos suministrados por los hablantes de la condición socioeconómica alta. La configuración de estos tres componentes del significado de los usos cuasieufemísticos de "güevón" y "huevón" se presenta en la Tabla No. 7.

Tabla No. 7

Configuración semántica del cuasieufemismo "güevón" en registros típicos

Componente interpersonal		**Componente ideacional**				**Componente textual**
		Deberes escolares	**Saludo y/o introducción**	**Manifestación de posiciones**	**Anécdotas y confidencias**	
Referente presente	Hombre-hombre	No, huevón, esa tarea estaba muy puta.	Güevón, si vieras lo que me pasó el sábado…	Güevón, pillé un carro que estaba una chimba, parecido al que tenés vos.	Ah qué gonorrea, güevón, si supiera la perra alegría que me dio cuando hablé con esa vieja…	**Apelación mediante vocativo**
	Mujer-mujer	Sí, güevón.		Vos siempre, güevón…	Güevón, estaba caminando y me doblé el pie.	
	Mujer-hombre		Bien, güevon. ¿Y vos?			
	Hombre-mujer					
	Hombre-hombre	No sea güevon, no me di cuenta que me pedias copia.				**Valoración mediante la calificación**
Referente ausente	Mujer-mujer					
	Mujer-hombre					
	Hombre-mujer			Tan güevón el que organiza una fiesta el día de entrega de informes.		
	Hombre-hombre	¡Ay güevón, verdad! Estoy mamado de esa mondá (clase del colegio)			¡Ah güevón! Sí, eso me contaron. ¿Y qué? ¿Cómo le fue?	**Exclamación mediante expresión interjectiva**
	Mujer-mujer			¡Uy güevón! Cómo así que no importa. JaJaJa		
	Mujer-hombre					
	Hombre-mujer					

8.3.3. Caracterización sociosemántica de “perra”

Sin pasar por alto las respectivas y muy significativas particularidades, el uso cuasieufemístico de “perra” se podría caracterizar como la contraparte de “güevón”, toda vez que el primero corresponde a la más marcada predominancia en la frecuencia por parte de las hablantes mujeres en relación con la de los hombres. “Perra” es, por tanto, el uso cuasieufemístico que más diferencia a las mujeres de los hombres en la caracterización del fenómeno de atenuación disfemística. Del total de 19 menciones en el conjunto de textos dialógicos suministrados por los hablantes de la muestra, el 74 % es atribuido a enunciadoras, frente al 26 % restante, referido por enunciadores. Respecto a las intenciones de uso, la tendencia predominante es, como en el caso de “güevón”, el establecimiento y/o conservación de la cercanía con el interlocutor, como se observa en la Tabla No. 3.

Es tan significativa la presencia del uso cuasieufemístico “perra” en las enunciaciones de las mujeres, como su escasez en las de los hombres, pues como se indicó en apartados anteriores, junto a “puta”, es la palabra que más dice evitar la mayoría de los hablantes hombres en conversaciones con mujeres, considerando que el 94 % de ellos manifiesta tener un repertorio limitado en este tipo de interacciones.

A pesar de que es alto el promedio del grado de vulgaridad asignado por la generalidad de los hablantes (3,7) y por las mujeres en particular (3,8), resulta de especial interés, por su

carácter confirmatorio, el hecho de que al indagar a los hablantes acerca de los usos ofensivos e inofensivos que le dan a la palabra “perra”, aunque en todos ellos la mayor proporción la aporten las hablantes mujeres, es mayor la cantidad de ellas que hace uso inofensivo, como se observa en la Tabla No. 8.

Tabla No. 8

Contribución por género a la frecuencia de usos ofensivos e inofensivos de “perra”

Género de los hablantes	Usos inofensivos	Usos ofensivos
Mujeres	59 %	54 %
Hombres	41 %	46 %

Como se muestra en la Tabla No. 9, en promedio, en uno de cada dos textos aportados por las hablantes de la muestra se hace uso del cuasieufemismo “perra”, por parte de aproximadamente la mitad de las voces enunciadoras de mujeres. En dichos textos es posible hallar este uso cuasieufemístico por parte de una mujer cada 9 turnos de conversación, mientras en voces de hombres aparecería cada 35 turnos.

Otra de las particularidades del uso cuasieufemístico de “perra”, que por cierto dista de la correspondencia con los hallazgos del cuasieufemismo “güevón” en el habla de los hombres, es la variación diastrática de condición socioeconómica, pues los registros se duplican en las menciones de las mujeres de estratificación baja, y en esa misma medida se comportan los promedios de uso a nivel de los turnos de conversación, de las voces responsables de la enunciación y de los textos proporcionados por dichas hablantes.

Tabla No. 9

Variación diastrática del uso cuasieufemístico de “perra”

basada en datos cuantitativos

Cuasieufemismos emparentados semánticamente	Variación determinada por el género		Variación determinada por la condición socioeconómica		Unidad de análisis
	Mujeres	Hombres	Alta	Baja	
perra	74 %	26 %	32 %	68 %	Conjunto de menciones (porcentaje)
	0,5	0,2	0,2	0,5	Texto dialógico (promedio)
	0,5	0,2	0,2	0,4	Voz enunciadora (promedio)
	Cada 9 turnos	Cada 35 turnos	Cada 29 turnos	Cada 12 turnos	Turno de conversación (promedio)

La siguiente es la síntesis de la forma en que los componentes ideacional, interpersonal y textual determinan los registros obtenidos de “perra”:

Componente ideacional: Los contenidos de las conversaciones en que se realizan los registros de usos cuasieufemísticos de “perra” se centran en la valoración de los deberes escolares y las implicaciones de su incumplimiento, así como en la puesta en común de anécdotas y confidencias que de una u otra forma se vinculan a la dimensión afectivo-erótica de las hablantes.

Otros contenidos dialógicos que, en menor proporción, albergan el uso cuasieufemístico de “perra” son los actos persuasivos directos e indirectos y, las fórmulas de saludo y despedida; fórmulas que en los diálogos proporcionados por las hablantes de condición socioeconómica alta no se realizan.

Componente interpersonal: El hecho de que “perra”, junto a “puta”, sean no solo las palabras que más evitan los hablantes hombres en conversaciones con mujeres, como se ha dicho antes, sino que también tengan un uso muy restringido cuando se refieren a otros hombres, define aspectos clave de la caracterización en este componente del significado. No se realizan registros de uso cuasieufemístico de “perra” entre hablantes de distinto género ni entre hombres que la usen con un referente presente y concreto en la conversación. En los pocos diálogos entre hablantes hombres que se encuentra el uso cuasieufemístico “perra”, se refiere a una situación abstracta o al menos externa a la conversación. El único registro en que un hombre se dirige a otro apelándolo a través de este uso posee marcas que permiten identificarlo más como un disfemismo que como cuasieufemismo (no se incluye en la configuración de registros típicos). En otras palabras, el uso cuasieufemístico de “perra” está determinado de forma privilegiada por la relación interpersonal muy íntima entre mujeres; tanto así como para atenuar algún uso que conserva configuraciones semánticas de disfemismo (ver componente textual).

Componente textual: En estrecha relación con los demás componentes del significado, la forma del texto en que se realiza la mayoría de los registros del uso cuasieufemístico de “perra” son las apelaciones por medio de la función del vocativo, es decir que en esta dimensión el significado está determinado preferentemente por el llamado de una mujer a otra como “perra”. Siguen, de acuerdo con la frecuencia de uso, aquellos textos a través de los que un referente es calificado, tanto de forma negativa como positiva, de “perra”; referente que bien puede estar presente de forma directa y concreta en la conversación,

como en los diálogos sostenidos entre mujeres, o tratarse de un agente abstracto o externo a ella, como en las interacciones entre hombres. Por último, se encuentran los textos en los que los usos cuasieufemísticos de “perra” se realizan nominando el efecto de la embriaguez y a mujeres que son caracterizadas ambiguamente, sin que esa nominación resulte necesaria y abiertamente ofensiva.

Los tres componentes del significado de los usos cuasieufemísticos de “perra” se configuran en los registros obtenidos, como se muestra en la Tabla No. 10.

Tabla No. 10

Configuración semántica del cuasieufemismo “perra” en registros típicos

Componente interpersonal		**Componente ideacional**				**Componente textual**
		Deberes escolares	**Fórmulas de saludo y despedida**	**Actos persuasivos**	**Anécdotas y confidencias**	
Referente presente	Hombre-hombre					**Apelación mediante vocativo**
	Mujer-mujer	Vea, perra, ¿hizo lo de Inglés?	Bueno pues, perra. Gracias.	Ve, perra, vamos a ir al centro.		
	Mujer-hombre					
	Hombre-mujer					
Referente ausente	Hombre-hombre			Pero esa es la [música] que les gusta a las perras.		**Nominación con características de posición ambigua**
	Mujer-mujer				Sí, ¿en que nos metimos una perra ni la más Hpta?	
	Mujer-hombre					
	Hombre-mujer					
	Hombre-hombre	Aunque sí hubo preguntas bien perras, que no pude…			¡Ah! Qué gonorrea, guevón, si supiera la perra alegría que me dio cuando hablé con esa vieja.	**Valoración mediante la calificación**
	Mujer-mujer				Qué tal esta perra. JaJaJa	
	Mujer-hombre					
	Hombre-mujer					

8.3.4. Caracterización sociosemántica de “gonorrea”

El examen de la frecuencia de uso cuasieufemístico de “gonorrea” permite presentarlo como uno que privilegian los hablantes ubicados en la estratificación socioeconómica alta, en relación con los de la baja: 74 % frente a 26 %. Sin embargo, otra de sus características radica en el modo de hacer presencia y significar en los registros de los hablantes hombres, quienes aportan idéntica proporción que los hablantes de condición socioeconómica alta en los diálogos que hacen parte del corpus.

Como es de esperarse, los registros de hablantes mujeres en los cuales se da el uso cuasieufemístico de “gonorrea” también corresponden predominantemente a conversaciones aportadas por las que se ubican en la estratificación socioeconómica alta (75 %).

Como se observa en la Tabla No. 11, con un promedio de un texto por cada dos aportados por los hablantes de esa condición socioeconómica, se registra el uso de este cuasieufemismo; textos en los cuales las voces enunciadoras llegan a incorporarlo cada 12 turnos de conversación, en contraste con los 32 turnos que en promedio suceden entre los usos cuasieufemísticos que le dan los hablantes de la estratificación baja.

“Gonorrea” es un ejemplo conveniente de lo que los hallazgos permiten clasificar como atenuación media, dado el promedio de su nivel de vulgaridad (3,3 de 5,0), otorgado por

los hablantes que constituyen la muestra, y correlacionado con la idéntica frecuencia de usos ofensivos e inofensivos, como se observa en la Tabla No. 2 y en la Tabla No. 3; además de la identificación de su principal motivación de uso, es decir la expresión lingüística del desahogo, y de su variación diastrática.

Tabla No. 11

Variación diastrática del uso cuasieufemístico de "gonorrea"

basada en datos cuantitativos

Cuasieufemismos emparentados semánticamente	Variación determinada por el género		Variación determinada por la condición socioeconómica		Unidad de análisis
	Mujeres	Hombres	Alta	Baja	
gonorrea	21 %	74 %	74 %	26 %	Conjunto de menciones (porcentaje)
	0,1	0,5	0,5	0,2	Texto dialógico (promedio)
	0,2	0,3	0,3	0,2	Voz enunciadora (promedio)
	Cada 33 turnos	Cada 12 turnos	Cada 12 turnos	Cada 32 turnos	Turno de conversación (promedio)

A continuación se sintetizan los principales hallazgos en los registros de uso cuasieufemístico de "gonorrea", determinados por sus componentes de significado ideacional, interpersonal y textual:

Componente ideacional: Aunque se observa de modo sobresaliente el registro en conversaciones cuyos contenidos temáticos se pueden clasificar básicamente en dos grupos, el de los encuentros para valorar negativamente el entorno, las actividades escolares y sus implicaciones, y el de las interacciones orientadas hacia la confidencia y la remembranza de situaciones anecdóticas, la categorización del tercer grupo,

correspondiente a la manifestación de posiciones, surge como un complemento de los dos primeros, dado que la acción calificativa y, por tanto, la toma de posición interviene en casi todos los registros, por las particularidades semánticas del uso cuasieufemístico de "gonorrea".

En contraste, el único registro que se presenta en una fórmula de saludo está relativamente desprovisto de carga valorativa.

Componente interpersonal: Pese a que no es posible presentarlo como el uso que más privilegia el conjunto de los hombres que constituye la muestra, la frecuencia sí permite sugerir que el uso cuasieufemístico de "gonorrea" se presenta con mayor amplitud y versatilidad en las conversaciones sostenidas entre hablantes hombres, y particularmente así cuando los referentes son concretos y se encuentran presentes en la situación de comunicación, es decir, cuando la "gonorrea" es el interlocutor, en cuyo caso los escasos dos registros se realizan en diálogos aportados por hablantes de la estratificación socioeconómica baja. Se podría, entonces, sostener que la presencia y concreción del referente cuasieufemístico de "gonorrea" es típica en cuanto el uso se realiza en diálogos entablados entre hombres, pero atípica por la escasez de registros y porque los de mayor proporción, que son los de la estratificación socioeconómica alta, ubican el referente por fuera de la conversación y/o en una entidad abstracta.

En estos registros—los de los hablantes de estratificación socioeconómica alta— no se observan rasgos semánticos diferenciales visibles en función del género de los hablantes, si bien vale la pena reiterar que se realizan en menor proporción en diálogos en los que participan hablantes mujeres.

Componente textual: En directa relación con lo observado en los componentes ideacional e interpersonal, los textos en que se privilegia con recurrencia el uso cuasieufemístico de "gonorrea" son aquellos producidos para asignar valores a sus referentes, como por ejemplo una clase o una situación, ya sea por medio de la locución interjectiva o de la valoración que puede tomar tanto la forma de un calificativo como de una nominación.

Con escasa cantidad de registros y particularmente determinado por las variables diastráticas de condición socioeconómica y de género, se encuentra el uso cuasieufemístico que se realiza en la forma de texto apelativo, por medio del vocativo.

La configuración semántica de los usos cuasieufemísticos de "gonorrea" determinada por estos componentes del significado se muestra en la Tabla No. 12.

Tabla No. 12

Configuración semántica del cuasieufemismo “gonorrea” en registros típicos

Componente interpersonal		**Componente ideacional**				**Componente textual**
		Deberes escolares	**Saludo y/o introducción**	**Manifestación de posiciones**	**Anécdotas y confidencias**	
Referente presente	Hombre-hombre	Hágale, gonorrea. ¡Llamate tarea!	Entonces qué, marica. Ese milagro de verlo por acá en la cancha. Andabas desaparecido o qué, gonorrea.			**Apelación mediante vocativo**
	Mujer-mujer					
	Mujer-hombre					
	Hombre-mujer					
	Hombre-hombre	¡Eh! Vos sí sos mucha gonorrea para poder hacer ese examen.				**Valoración mediante la calificación y nominación calificativa**
Referente ausente y/o abstracto	Hombre-hombre	A lo bien, esta gonorrea [una clase]es muy aburrida.		Sisas, marica. Eso va a estar una gonorrea.		
	Mujer-mujer				Después de tomarme la foto, me caí. ¡Qué gonorrea! Jaja.	
	Mujer-hombre					
	Hombre-mujer					
	Hombre-hombre	Uy ¡qué gonorrea! Toca estudiar.		¡Uy, sí! ¡Qué gonorrea! Jugaron re bien. No me lo esperaba.	¡Uy gonorrea! Está muy bonita.	**Exclamación mediante expresión interjectiva**
	Mujer-mujer				¡Yo sé! ¡Qué gonorrea, martica! Y me golpeé re duro.	
	Mujer-hombre				Pero igual, ¡qué gonorrea eso! Los pudimos parar. Pero, ¡sapa vida!..Hubiéramos entrado en la pelea.	
	Hombre-mujer	¡No, qué chimbada! Ahora me va a tocar ponerme a estudiar. ¡Qué gonorrea!				

8.3.5. Caracterización sociosemántica de “sapa” y “sapo”

Los registros realizados del uso cuasieufemístico de “sapo” y “sapa” permiten presentarlos como unos de los que mayor favorabilidad tienen en el repertorio de los hablantes ubicados en la estratificación socioeconómica baja en relación con los de la alta, ya que el porcentaje de menciones en los diálogos de aquel grupo de hablantes corresponde al 75 %,distribuidas en mayor proporción en las voces enunciadoras de mujeres que en las de hombres: 63 % y 37 %, respectivamente, como se observa en la Tabla No. 13.

Tabla No. 13
Variación diastrática del uso cuasieufemístico de “sapo” y “sapa” basada en datos cuantitativos

Cuasieufemismos emparentados semánticamente	Variación determinada por el género		Variación determinada por la condición socioeconómica		Unidad de análisis
	Mujeres	Hombres	Alta	Baja	
sapo sapa	63 %	37 %	25 %	75 %	Conjunto de menciones (porcentaje)
	0,1	0,1	0,07	0,22	Texto dialógico (promedio)
	0,2	0,1	0,2	0,3	Voz enunciadora (promedio)
	Cada 27 turnos	Cada 58 turnos	Cada 86 turnos	Cada 27 turnos	Turno de conversación (promedio)

De modo similar se distribuye el uso en los promedios por turno de conversación, pues mientras se encontraría el uso de “sapo” o “sapa” cada 27 turnos en los diálogos aportados por los hablantes de la estratificación socioeconómica baja, en los de la condición alta se hallarían cada 86 turnos. Paralelamente, estos usos se realizan en promedio en 1 de cada 4 textos dialógicos aportados por los hablantes de condición socioeconómica baja, en

contraste con la proporción de menciones en las conversaciones aportadas por los hablantes de estratificación alta, correspondiente a 1 por cada 14 conversaciones. En todos los casos la frecuencia es baja, teniendo en cuenta que se trata de uno de los usos cuasieufemísticos descriptos con menor cantidad de menciones en general.

Los hablantes otorgan nivel bajo de vulgaridad al conjunto sapo/sapa (2,4 de 5,0), pero mientras sapa tiene la misma proporción de menciones ofensivas que inofensivas, los usos ofensivos de sapo muestran mayor frecuencia que los inofensivos (Ver Tabla No. 2 y Tabla No. 3).

La siguiente síntesis anticipa la configuración semántica lograda con los hallazgos en los registros de uso cuasieufemístico de “sapo” y “sapa”, determinados por sus componentes de significado ideacional, interpersonal y textual:

Componente ideacional: En similares proporciones se realizan registros del uso cuasieufemístico de “sapa” y “sapo” por parte de los hablantes, en las cuatro categorías de contenido de los textos, que corresponden a fórmulas de saludo y despedida, actos persuasivos, situaciones e implicaciones de los deberes escolares y su incumplimiento, y conversaciones en las que se narran anécdotas y se hacen confidencias. Sin embargo, en la variante de género masculino solo se realizan registros en los dos primeros contextos comunicativos referidos.

Componente interpersonal: Si bien es cierto que se hallan registros en similares proporciones en textos dialógicos en los que participan parejas de hablantes hombres y parejas de hablantes mujeres, vale la pena mostrar dos particularidades de la variación diastrática en el componente interpersonal. La primera radica en que no se presentan registros de uso cuasieufemístico de “sapo” ni de “sapa” en textos dialógicos de hablantes hombres dirigidos a hablantes mujeres; y aunque hay un único registro de uso de “sapa” en una voz enunciadora masculina, en ese caso el referente es el interlocutor, y este también es masculino.

La segunda destaca que los únicos dos usos en los diálogos aportados por hablantes de condición socioeconómica alta son de mujeres que conversan con hombres, en los que no se realiza el cuasieufemismo de “sapo” sino de “sapa”, y no para referirse a sus interlocutores, sino, en un caso a un agente concreto, externo, y en otro a uno abstracto.

Lo anterior quiere decir que el componente interpersonal del significado del uso cuasieufemístico de “sapo” e incluso de “sapa” es muy determinante en los registros realizados en conversaciones entre hablantes hombres; y lo propio sucede con el uso de “sapa” en los registros que se realizan en los textos dialógicos entre hablantes mujeres. En términos más simples, los hablantes hombres tienden a hacer uso cuasieufemístico de “sapo” y “sapa” dirigiéndose a otros hombres, y los hablantes mujeres parecen limitar este uso preferentemente a “sapa”, bien sea que se dirijan a mujeres o a hombres, mas

teniendo como referente a otras mujeres o a un agente externo, como se observa en la Tabla No. 14.

Componente textual: Los registros logrados del uso cuasieufemístico de “sapa” y “sapo” se realizan en dos categorías textuales: apelativos, a través de la función del vocativo; y valorativos, tanto en la forma de la calificación como en la de la nominación —también calificativa en su intencionalidad—.

Se observa menor atenuación en los textos valorativos, que son aportados tanto por hablantes de la estratificación socioeconómica alta como por los de la baja; y lo opuesto, es decir mayor atenuación, en las apelaciones, que solo se registran en los textos proporcionados por hablantes de la estratificación socioeconómica baja.

En la Tabla No. 14 se presenta la configuración semántica de los registros de usos cuasieufemísticos de “sapa” y “sapo”, determinada por los componentes ideacional, interpersonal y textual.

Tabla No. 14

Configuración semántica de los cuasieufemismos “sapa” y “sapo” en registros típicos

Componente interpersonal		Componente ideacional				Componente textual
		Deberes y situaciones escolares	**Fórmulas de saludo y despedida**	**Actos persuasivos**	**Anécdotas y confidencias**	
Referente presente	Hombre-hombre		Todo bien, sapo.	No, sapa. ¡Qué pereza!		**Apelación mediante vocativo**
	Mujer-mujer	Vea, sapa, venga pues le cuento lo que pasó el sábado [en el simulacro de la prueba de Estado].			Callate, sapa hijueputa, ¿no ves que después la mala soy yo?	
	Mujer-hombre					
	Hombre-mujer					
	Hombre-hombre			¡Uy no! Deje de ser tan sapo y tan chimbo.		**Valoración mediante la calificación y nominación calificativa**
Referente ausente y/o abstracto	Mujer-mujer	Sí, parce. La sapa que estaba cuidando el simulacro lo hizo cambiar de puesto.				
	Mujer-hombre	Si la sapa del salón no hubiera hablado, el profesor no recordaría.			Pero igual, ¡qué gonorrea eso! Los pudimos parar. Pero, ¡sapa vida!.. Hubiéramos entrado en la pelea.	
	Hombre-mujer					

8.4. Sociosemántica de la atenuación disfemística en las macrodinámicas sociales

La caracterización del fenómeno de atenuación disfemística hasta aquí ha permitido identificar la contribución de factores sociales que podríamos reconocer a escala de las microdinámicas, toda vez que sus determinaciones se realizan en contextos particulares, específicos, localizados, aunque típicos a decir de Halliday (1994, pp. 186-187). Sin

embargo, tanto la descripción del fenómeno de atenuación como dichas determinaciones originadas en la relación lengua-sociedad estarían incompletas sin la mirada general por medio de la cual se reconozca que los hablantes se encuentran socialmente situados en un panorama nacional y global con determinadas características, lo que quiere decir que la contribución de los factores sociales a la atenuación disfemística se debe reconocer también en las macrodinámicas sociales.

Y es que el estado actual de algunas dinámicas y/o fenómenos sociales perceptibles en la comunidad objeto de este estudio, es decir jóvenes caleños, hombres y mujeres, de diversa estratificación socioeconómica, es también un factor contribuyente a la atenuación de determinados usos disfemísticos.

Uno de esos fenómenos es el que tiene en el centro del análisis el papel de los medios masivos y las tecnologías de la información y la comunicación en la vida de los seres humanos en sociedad. El exacerbado aumento de consumo y, por ende, de la exposición a productos de la industria de la comunicación masiva les asigna un rol mucho más protagónico que el de mediadores de entretenimiento e información; en la actualidad una de sus atribuciones más problemáticas radica en que son fuente de identidades y canales de reproducción de modelos que, mientras más estereotipados más efectivos, en términos de audiencia y rentabilidad económica. Se trata, a decir de Baker (2003), de la puesta en circulación de “todo un bricolaje de representaciones de clase, género, raza, edad y sexo, con las que nos identificamos o contra las que luchamos” (p. 277). Por lo tanto, la

masificación de esa mediación implica también la masificación de determinadas ideologías, prácticas y estructuras de pensamiento; y por supuesto, también de determinadas formas de hablar.

Ya en la década de los ochenta del siglo XX, cuando la irrupción de la virtualidad tecnológica en la vida y en la sociedad apenas se asomaba al terreno lingüístico entre las rejas de la Ciencia Ficción, José Joaquín Montes manifestaba la urgencia de investigar el impacto de esos medios de comunicación "modernos" que extendían de forma inusitada los dialectos de prestigio (Montes, 1984. p. 87). Se trata de una tarea que en el siglo XXI sigue demandando atención, quizá con mayor urgencia:

> *No parece tomarse en cuenta de modo explícito el papel de las lenguas en los medios electrónicos de información masiva, y la función de estos en la estandarización de las formas habladas. Este hecho podría ser parte del criterio cultural, aunque quizá con un peso específico mayor, dada la exposición constante del público a los medios electrónicos, y dada su importancia —en el caso de la radio y la televisión— como estandarizadores de las modalidades orales de una lengua*. (Ávila, 2009. p. 219).

Ávila (2009) manifiesta que la capacidad de extensión de los medios masivos de comunicación supone la pretensión de cubrir comunidades lingüísticas internacionales, poniendo el énfasis en el criterio que gobierna dicha pretensión: "Los motivos para promover la unidad lingüística no parecen ser académicos ni culturales, sino de mercado.

La lengua española, que fue compañera del antiguo imperio, es ahora la compañera del nuevo imperio de la televisión internacional y de sus intereses comerciales" (p. 43).

A pesar de que el pretendido rol de estandarizador lingüístico muestra ya un punto crítico en el examen de la participación de los medios masivos en la atenuación disfemística, la respuesta a la pregunta obligada sobre la gestación de cambios en el habla en el seno mediático de la comunicación dibuja un panorama más complejo. Analizando el impacto específico de la mediación lingüística de la telenovela, un producto de consumo masivo en buena parte de Latinoamérica y en especial de Colombia, Cisneros (2011) confirma que los intereses comerciales de las industrias televisivas, mueven las prácticas de los televidentes a algo más que a la estandarización de la lengua, pues "a partir de lo que ven en las telenovelas, incorporan a su habla, generalmente en el estilo informal, los usos de los personajes que causan más impacto, y constituyen con el tiempo 'modas lingüísticas' que tienen duración hasta la aparición de nuevas telenovelas. En algunos casos pueden llegar a generar un cambio lingüístico" (p. 251).

Este fenómeno que compromete a extensas y variadas comunidades de habla con la acción relativamente calculada de los medios masivos de comunicación, en Colombia tiene también correspondencia en la cinematografía nacional. Bajo la influencia de algunas corrientes estéticas y culturales —como el *cinema verité* y el llamado *perromundismo* audiovisual— que se suman a los ya mencionados intereses del mercado global de la información y la comunicación, en el país empezó a verse recreada en las pantallas de

cine durante el cambio de siglo la situación social, económica y política alrededor del narcotráfico. Películas como *Rodrigo D. No futuro* (1990), *La vendedora de rosas* (1998), *La virgen de los sicarios* (2000), *Sumas y restas* (2005) y *Rosario Tijeras* (2005), entre otras, abrieron la puerta a un género que hoy por hoy se observa muy prometedor en términos de audiencias: la *narconovela* y su sucedáneo, la *narcoserie*. Tanto en la pantalla grande como en la chica se empezaron a amplificar y extender modos de hablar que hasta entonces se habían mantenido privilegiadamente en la intimidad y hasta en la clandestinidad. Fue cuando se hizo común escuchar con frecuencia usos disfemísticos y cuasieufemísticos como “Hágale que esto es muy chimba y la pone a volar”, “Esta gonorrea está muy pepo”, “Este señor es como bien marica, también” y “Uy parcera, usted está muy engalochada” (La vendedora de rosas), entre cientos más.

Como se dijo, los espectadores se expusieron entonces a la recreación de una realidad en principio muy localizada, pero después ampliamente extendida en el territorio nacional. El correlato lingüístico de ese fenómeno social originado en la Medellín de los años ochenta y noventa, dominado por la marginación social y económica, la impotencia del Estado y la incursión de grandes masas de jóvenes al negocio del narcotráfico, ante las escasas posibilidades de acceso a derechos básicos, fue definido como “parlache” (Castañeda, 2001), un dialecto social, de carácter argótico, que a la fecha ha sido abundantemente descripto y continúa siendo objeto de estudio desde la lexicografía, la pragmática, la sociolingüística y el análisis del discurso, entre otras ramas de la lingüística. Del parlache

hacen parte vocablos como *campanero, chimba, buseto, polocho, nea* y más de dos mil más (Castañeda, 2005).

Además de coexistir con el parlache, muchos de los usos disfemísticos cuya atenuación se describe en este estudio constituyeron el repertorio y la raíz de procedimientos de formación léxica y semántica, como por ejemplo en el caso de "gonopichurrias", "gonoplasta" y "gonopleta", en cuya base se encuentra el vocablo "gonorrea" (Castañeda, 2005, p. 89). En el glosario de Castañeda (2001) también hacen presencia "marica" (p. 130), "güevón" (p. 122), "perra" (p. 141) y "sapo" (p. 150).

Aproximadamente dos décadas después de su aparición conceptual en la escena académica, el parlache, como fenómeno lingüístico, ha continuado evolucionando, y los medios masivos de comunicación, especial pero no exclusivamente en Colombia, como industrias del entretenimiento, han hecho lo propio. Transitando por caminos que a menudo se cruzan, en la actualidad no es posible estudiar uno sin el otro. Castañeda advierte sin vacilaciones que "el parlache ha llegado a los medios de comunicación y, de una manera especial, a la letra impresa, ya que no solamente lo escuchamos en videos, películas y en programas de radio y de televisión, sino que se encuentra en libros, revistas y periódicos." Añade la investigadora que:

La difusión del parlache entre los jóvenes de Medellín y de su área metropolitana, e incluso en otras ciudades de Colombia, así como su presencia reiterada en los medios, nos permite afirmar que se trata de un lenguaje urbano, muy creativo, que expresa sin pudores ni temores la nueva realidad que viven amplios sectores de la sociedad medellinense y colombiana. (Castañeda, 2005. P. 76, 78)

Luego entonces, sujetos como los que componen la muestra de hablantes de la que se ocupa este trabajo de investigación se encuentran más expuestos que alguna generación anterior al parlache y a sus implicaciones en el campo sociolingüístico, de tal modo que, si presumimos acertado el planteo de Labov (1983) acerca de que "el factor predominante de un cambio lingüístico se halla normalmente dentro de un grupo y con las sucesivas generaciones, las formas más nuevas van ampliando su cobertura a otros grupos" (p. 323), probablemente las comunidades de habla juveniles urbanas sean las que estén desempeñando este rol. Es más, este hecho confirma los hallazgos que a Sanmartín (1998) la llevaron a establecer una relación de mediación del habla juvenil en la extensión del lenguaje delincuencial.

En un medio de comunicación masiva, de carácter más bien tradicional, se puede leer la respuesta de un ciclista reconocido en Colombia a la pregunta por el estilo de su peinado: "La mujer siempre dice que no le gusta así, que quede cabecipelado, porque quedo muy nea"; y que el uso de "parcero" en el cantante colombiano Juanes ha atravesado las

fronteras nacionales, pues de hecho uno de sus trabajos discográficos se titula precisamente “Parce”, como su perro. (El Colombiano, 2017).

El hecho fehaciente de que el parlache, como otras formas dialectales, se desemantice, resemantice o en todo caso cambie al extenderse a amplias comunidades de habla, confirma el planteamiento anterior, ya que uno de los procedimientos que se debe llevar a cabo para la extensión de un *antilenguaje* como el parlache es su blanqueamiento, su atenuación. A pesar de que en la capa más superficial esta atenuación parece borrar la determinación social sobre la lengua, en lo profundo de los usos permanece el rastro de una sociedad cuyas vicisitudes se proyectan en el habla. Cómo no ver la herencia sociolingüística del parlache en las variantes diastrática y diasexual menos atenuadas de “sapo” en relación con “sapa”, o la de “gonorrea”, más atenuada en los usos de los hablantes de condición socioeconómica alta que en los de la baja.

O cómo soslayar la relación entre estas macrodinámicas sociales y la atenuación del disfemismo “perra”, si múltiples letras de canciones de un género tan prolífico en términos de consumo, como el reguetón, lo reiteran, como por ejemplo en:

Esto se hizo pa’ bailar.

Agarra a tu novio,

si no, se te va.

Pide otro trago,

la seca te da.

Mira a tu amiga y comienza a gritar-le:

Perra que yo, ella es más perra que yo.

(…)Soy más perra que tú, y yo lo acepto

Muchas de ellas quieren mi concepto.

(Eli Fantasy, 2018).

Esta perspectiva requiere de una mirada que reconozca el papel de los medios de comunicación y la industria del entretenimiento en la sociedad—y sus maneras de hablar—desde una perspectiva dialéctica. Ello permite, para el caso, ver una relativa y reciente permisividad a los tratamientos lingüísticos afectivos entre hablantes hombres, que se percibe también en el uso y variación de cuasieufemismos como “güevón”, en la incorporación del apelativo “papi”, tan frecuente en las letras del reguetón y en el discurso de algunos jóvenes caleños emulando a sus intérpretes. Una muestra de ello ofrece la cadena Univisión, que en su portal web publica parte del debate suscitado entre dos cantantes del género por la incursión de uno de ellos a un subgénero para el cual no es idóneo, desde su perspectiva: «“Si tú no eres *trap*, y nunca lo has sido, dedícate a lo que sabes hacer, papi”, dijo el trapero dominicano Messiah El Artista» (Univisión.com, 2017).

Y es que allí, en los campos semánticos del género y el sexo, coincide la mayoría de los disfemismos cuya atenuación se ha caracterizado aquí: “perra”, “güevón”, “chimba”, “gonorrea”, “hijueputa”, “puta” y “marica”; aunque, como se vio, con diferente grado de atenuación y con algunas variaciones diastráticas. En esta misma línea, especial atención

demanda el uso cuasieufemístico de “marica” en sociedades con predominante ideología machista, como la nuestra. En los contextos en que dicha ideología es hegemónica, funda una de sus más arraigadas representaciones sociales de la masculinidad en oposición a todo aquello que difiera de la heterosexualidad y lo femenino (Badinter, 1992, p. 192). No obstante, algunos estudios locales, en la primera década de este siglo, empezaron a reconocer algunas “fisuras” en dichas representaciones (Domínguez y Murgueitio, 2009). Se podría sugerir que socialmente asistimos a un estadio de transiciones, en el que han empezado a tener cabida otras representaciones sociales de la masculinidad, más permisivas en cuanto a la manifestación afectiva entre hombres y menos determinadas por el rechazo a la homosexualidad, y ello posee su correlato en el habla, posiblemente manifiesto a través de la atenuación de “marica”.

Otro fenómeno que ofrece indicios de una incipiente apertura, o por lo menos de mitigación del rechazo social y lingüístico a la homosexualidad en el contexto de estudio, se presenta en el terreno de la nominación. El aumento progresivo en la incorporación de partículas a la sigla con que se nombra a las comunidades e identidades que no caben en la nominación tradicional de mujeres y hombres es un síntoma de la demanda de reconocimiento discursivo de estas —otras— formas de identificarse y relacionarse.

Su aparición en la esfera académica en Colombia se sitúa a finales del siglo XX, aunque la sigla LGB parece tener algunos precedentes en movimientos sociales de distintos lugares del mundo, reducida a LG e incluso a G. De acuerdo con un estudio de la Universidad

Central de Colombia, es en los años noventa del siglo pasado “cuando la conceptualización sobre homosexualidad hace un tránsito hacia la construcción de lo LGBT, trayendo consigo diversas implicaciones sociales, culturales y políticas.” (Guerrero y Sutachán, 2012. p. 220).

Según la declaración de la activista española Boti García Rodrigo a un periódico con publicación electrónica, « L, G, T y B son mucho más que unas siglas (…). Se trata del máximo referente de un movimiento que fue ilegal hasta prácticamente "antes de ayer", porque desde 1980 no ha pasado tanto tiempo» (La Vanguardia, 2017). Según ese breve artículo de prensa, la lucha en la esfera de la nominación, tras años de tratamientos despectivos, inició con la G, hasta que un conjunto de lesbianas reclamó el reconocimiento de sus particularidades a través de la presencia de la L. Posteriormente, hacia el final de los años noventa, llegan las reivindicaciones de los bisexuales, aportando la B. Más próxima a nuestro contexto temporal es la incorporación de la T de los transgénero, así como las demandas de integración de la I (de intersexuales), la Q (de *queer*), y la A (de asexuales), entre otras. Hasta se habla de reemplazar las subsiguientes demandas de incorporación de letras por el símbolo +, que difícilmente tendrá acogida considerando lo que en el fondo se reclama, y es justamente la existencia en el plano de la nominación, aunque ese reclamo esté revestido de distinto cariz en cada comunidad representada por la respectiva letra, y no esté exento de pugnas por el poder y debates de diverso talante.

En la medida en que van siendo aceptadas por más grupos sociales, no sin la tensión y los altibajos que implica hacer quiebres en los modelos hegemónicos sobre los que se asientan las identidades de género y el reconocimiento de la diversidad sexual, se va logrando cierto nivel de permisividad en distintos contextos comunicativos públicos, por lo que es de esperarse que la comunicación en contextos privados, familiares e íntimos también sea escenario de esa relativa y progresiva tolerancia discursiva, si bien con más y distintas formas de resistencia, probablemente.

Vale la pena aclarar que la visibilidad de estas alternativas no implica la superación de los paradigmas dominantes tradicionales, y la tolerancia discursiva puede ser simple corrección política o moda en el habla. En la práctica se observa todavía un lastre muy pesado para la superación de la inequidad de géneros y del rechazo a la diversidad sexual. Sin embargo, el habla es también una práctica social, y es posible que, como se ha advertido, la apertura a formas de hablar que implícitamente muestren algún grado de reconocimiento de la diversidad sea un síntoma de atisbo de cambio social y de cambio lingüístico.

Como se ve, la globalización en esferas como la política, la economía y la cultura permea incluso las prácticas más íntimas de los seres humanos y las sociedades, incluyendo el habla; no obstante, las condiciones particulares de los sujetos y de las prácticas sociales, así como los diversos entornos, determinan la manera en que sucede dicha permeación. Por ello, lo más conveniente a la hora de caracterizar un fenómeno de habla como el de

este estudio es articular la descripción y el estudio de las particularidades con el examen macroscópico de la vida en sociedad.

9. CONCLUSIONES

Para identificar la contribución de factores sociales al fenómeno de atenuación disfemística en el registro informal de dos comunidades de habla juveniles en Santiago de Cali se llevaron a cabo tres acciones fundamentales. La primera de ellas describiendo el modo en que se realiza en la práctica el fenómeno de la atenuación de disfemismos en las comunidades de habla, usos y situaciones de comunicación particulares. La segunda fue la caracterización semántica, con perspectiva sociolingüística y enfoque variacionista y constrastivo; y la tercera, la correlación entre esta caracterización y posibles determinaciones en los niveles micro y macrosocial.

La descripción de la atenuación disfemística en la práctica permite concluir que aunque se trata de un fenómeno común en diversas lenguas y momentos de su evolución, en las comunidades de habla objeto de este estudio posee rasgos específicos que dan cuenta de las estrategias ejecutadas por los hablantes en cuestión. En los textos dialógicos proporcionados por ellos se observan como mayores favorecedores de la atenuación disfemística los apelativos que se realizan a través de la función del vocativo, en situaciones de comunicación cuyo contenido vincula e identifica a los hablantes, como aquellas en que se reflexiona sobre los deberes escolares, a menudo incumplidos, pues se llevan a la práctica acciones de habla orientadas hacia el establecimiento y/o conservación de relaciones cercanas, solidarias y afectuosas.

La caracterización sociosemántica de los disfemismos más atenuados en la generalidad, como “marica”, muestra que se les asigna un bajo nivel de vulgaridad, presentan alta frecuencia de uso, especialmente inofensivo, y menor variación en función del género. Por lo tanto, atenuaciones disfemísticas que se podrían caracterizar como más resistentes, de las que “perra” es un ejemplo, se observan en los usos lingüísticos de hablantes que le asignan un alto grado de vulgaridad, similar o mayor proporción de intenciones ofensivas que inofensivas —lo que también se presenta en el caso de “hijueputa”—, poca frecuencia de mención, por demás muy localizada en determinadas variantes, como la de las mujeres de condición socioeconómica baja en aquel caso, y justificada por algún mecanismo de interdicción, como el pudor por la sexualidad de un interlocutor de distinto género.

En medio de estos dos puntos del continuum disfemismo-eufemismo se localizaron algunos usos como el de “gonorrea”, que poseen valoraciones intermedias en el nivel de vulgaridad asignada por los hablantes y algunos rasgos tanto de atenuación como de resistencia a ella, como por ejemplo alta frecuencia de uso, pero marcada preferencia en una de las variantes, diastrática o diasexual.

Al correlacionar la caracterización sociosemántica de los usos de “marica”, “güevón”, “perra”, “gonorrea”, “sapo” y “sapa” con posibles determinaciones de los niveles micro y macrosocial, se confirma que en amboses observable tal determinación en las prácticas lingüísticas aquí caracterizadas como atenuación disfemística o usos cuasieufemísticos.

Si bien la selección de los disfemismos que se atenúan en el habla parece ser en principio azarosa, se puede concluir que determinadas configuraciones semánticas muestran el mayor o menor favorecimiento de algunos factores sociales a la atenuación en ciertos contextos. Un ejemplo de ello son los usos cuasieufemísticos que, como “marica” y “güevón”, son favorecidos por dinámicas y vicisitudes sociales en las que es observable una relativa apertura hacia nuevas formas de constitución de las identidades de género y reconocimiento de la diversidad sexual. No obstante, es recomendable también observar en la resistencia hacia la atenuación de usos como “perra” algo más que indicios de apertura y permisividad. Quizá su trasfondo revela los lastres de una sociedad que continúa indispuesta a tolerar el empoderamiento de las mujeres respecto a su cuerpo y su sexualidad, pero también a su modo de hablar. Por lo tanto, el uso de algunos cuasieufemismos en boca de hablantes mujeres no debería ser visto única e ingenuamente como el apartamiento de la norma culta, estándar, a la que en apariencia se apegaba su habla en un periodo previo o examinada desde una perspectiva tradicional, sino que también debe ser visto como la condición social que posibilita dicho apartamiento, pues al concepto de atenuación le es inherente el de mitigación o suavización; es decir: si en el habla de las mujeres hoy es común el uso, por ejemplo de “marica”, se debe observar también, entre las múltiples razones, que está acondicionado para ellas, suavizado, mitigado, atenuado.

De lo anterior se concluye que el estudio de la atenuación disfemística debe particularizar incluso el modo de aproximarse a los distintos disfemismos y sus configuraciones

sociosemánticas, ya que, como se ha visto, no puede pasarse el mismo rasero lingüístico ni sociolingüístico por el fenómeno de la atenuación de un disfemismo como “güevón” que por el de otro como “perra”.

También se observa como factor social contribuyente a la atenuación disfemística en general, y en particular a los usos que de algún modo se relacionan con el parlache, la intensa difusión y homogeneización a través de los medios masivos de comunicación, por lo que valdría la pena que posteriores estudios sociolingüísticos se ocuparan con rigor en examinar el papel crucial de estos medios, sobre todo en comunidades de habla urbanas y juveniles, muy expuestas a ellos.

Finalmente, una mirada hacia el horizonte investigativo de este fenómeno revela a la vez las limitaciones que se tuvieron y las oportunidades de profundizar en un campo que tiene tanto de fructífero y versátil como de complejo y sinuoso. Cualquier análisis que en la actualidad pretenda aproximarse a las identidades de género, ya sea como objeto de estudio o como variable, debería ser planteado desde su formulación conceptual y metodológica con una perspectiva que se ocupe de observar la diversidad. Si bien es cierto que una clara y adecuada delimitación ofrece una especie de salvaguarda, también lo es que la demanda de superar la mirada binaria de las identidades de género, enfocada en lo masculino y lo femenino, proviene de la realidad misma, por lo que aun en el trabajo de campo es imposible evadir dicha demanda. En este estudio se descartaron algunos hallazgos cuyo examen requeriría de esa perspectiva más abierta y flexible; es por ello que

la limitación se presenta en este punto como la oportunidad de emprender futuras investigaciones que pertrechen su aparato conceptual y metodológico de tal modo que, en lugar de evadir retos como el de la multiplicidad de identidades de género y orientaciones sexuales, los enfrenten con creatividad y rigor académico. Asimismo, otras dimensiones de las identidades que podrían ser objeto de estudios posteriores parecen mostrar en el panorama posibles contribuciones a un fenómeno sociolingüístico como la atenuación de disfemismos, tales como la vinculación a redes sociales, los hábitos de consumo, el nivel de instrucción escolar, la ocupación laboral, la pertenencia a diversas etnias, el bilingüismo, etc. Todas ellas constituyen en el horizonte un conjunto de retos investigativos para darle continuidad a este modesto avance.

10. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Albelda Marco, M. y Cestero Mancera, A. M. (2012). La atenuación lingüística como fenómeno variable. *Oralia*, revista de la Universidad de Valencia. (15), pp. 77-124.

Alonso Hernández, L.A. (1976). *Léxico del Marginalismo del Siglo de Oro.* Universidad de Salamanca.

_____. (1979). El Lenguaje de los maleantes españoles de los siglos XVI y XVII: La Germanía. Universidad de Salamanca. *Káñina*. Universidad de Costa Rica,*35* (2), 121-145. ISSN: 0378-0473.

Areiza Londoño, R., Cisneros Estupiñán, M. y Tabares Idárraga L.E. (2004). *Hacia una nueva visión sociolingüística*. Bogotá D.C: Ecoe ediciones.

Ávila, R. (2009). Lenguas, medios, identidades: el español y su espacio en la aldea global. En *De la imprenta a la Internet: La lengua española y los medios de comunicación masiva* (pp. 39-58). México, D.F.: Colegio de México. doi:10.2307/j.ctv6jmwt2.5

Asqueta, M. C. (2008). Discurso y variación: el caso de marica en el habla de los estudiantes universitarios. *Revista Lenguaje*, *36*(2), pp. 551-572.

Bajtín, M. (1987). *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de François Rabelais* (3ª reimpresión en 2003)[publicación original en 1941]. Madrid: Alianza Editorial.

Baker, C. (2003). *Televisión, globalización e identidades culturales*. Barcelona: Paidós.

Badinter, E. (1992). *XY, La identidad masculina*. Paris: Éditions Odile Jacob.

Baldinger, K. (1970). *Teoría Semántica.* Hacia una semántica moderna. Madrid: Alcalá.

Benveniste, E. (1969). La blasphémie et l'euphémie. En *L'analyse du langage théologique. Le nom de Dieu,* actas del IX coloquio organizado por el Centro International de estudios humanistas y el Instituto de estudios filosóficos de Roma, en 1966 (Castelli, E. ed.). París: Aubier-Éditions Montaigne.

Bañon, A. M. (1993). El vocativo en español: propuestas para su análisis lingüístico. Barcelona: Octaedro.

Bright, W. (1966). Introduction: The dimensions of sociolinguistics. En *Sociolinguistics* (Bright, W. ed.)La Haya: Mouton.

Briz Gómez, A. (2003). La estrategia atenuadora en la conversación cotidiana española. En *Actas del primer coloquio internacional del programa EDICE. La perspectiva no etnocentrista de la cortesía: Identidad sociocultural de las comunidades hispanohablantes* (Bravo, D. edit.), pp. 17- 46. Suecia: Universidad de Estocolmo.

_____. (2006). Atenuación y cortesía verbal en la conversación coloquial: su tratamiento en la clase de ELE. En *Actas del programa de formación para profesorado de ELE*. Munich: Instituto Cervantes, 227-255. Disponible en https://cvc.cervantes.es/ensenanza/biblioteca_ele/publicaciones_centros/PDF/munich_2005-2006/02_briz.pdf

Brown Gforer, B. (1975). Tabú y eufemismos. Casos en inglés y español. *Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica* (41), pp. 93-97.

Calvo Shadid, A. (2009). *Análisis sociolingüístico sobre el tabú sexual en el español de Costa Rica.* Tesis doctoral para optar por el grado de Dr. Universidad de Bergen, Noruega.

_____. (2011). *Sobre el tabú, el tabú lingüístico y su estado de la cuestión. Káñina.* Universidad de Costa Rica*, 35* (2), pp. 121-145.

Casas Gómez, M. (1986). *La interdicción lingüística. Mecanismos del eufemismo y disfemismo.* España: Universidad de Cádiz, Servicio de Publicaciones.

Casas Gómez, M. y Escoriza Morera, M. (2009).Los conceptos de diastratía y diafasía desde la teoría lingüística y la sociolingüística variacionista. *En Estudios de lengua española: descripción, variación y uso: homenaje a Humberto López Morales,* (Camacho-Taboada M. V., Rodríguez Toro, J. J. y Santana Marrero, J., coord.), pp. 151-178. Madrid: Iberoamericana-Vervuert.

Castañeda, L.S. (2001). *El parlache*. Medellín: Universidad de Antioquia.

_____ (2005). El parlache: resultados de una investigación lexicográfica. *Forma y Función*. Revista del Departamento de Lingüística, Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia, (18). ISSN 0120-338X.

Cela, C.J. (1969). *Diccionario secreto*. España: Alianza editorial.

_____ (1974). *Diccionario secreto* (T.2). España: Alianza editorial.

Chambers, J. K. y Trudgill, P. (1994). *La dialectología*. España: Visor Libros.

Chamizo Domínguez, P. J. (2004). La función social y cognitiva del eufemismo y del disfemismo. *Panacea*, *5*(15), pp. 45-51.

_____. (2008). Tabú y lenguaje. Las palabras vitandas y la censura lingüística. *Thémata: Revista de Filosofía,* (40), pp. 31-46.

Cisneros Estupiñán, M. (2011). Lenguaje y sociedad en la telenovela colombiana del siglo XXI. En Muñoz R. & Garduño C. (Autores) y Ávila R. (Ed.), *Variación del español en los medios* (pp. 247-266). México, D.F.: Colegio de México. doi:10.2307/j.ctv6mtd9s.16

Coates, J. (2009). *Mujeres, hombres y lenguaje. Un acercamiento sociolingüístico a las diferencias de género*. México: Fondo de Cultura Económica.

Crespo, Fernández, E. (2005). *El eufemismo, el disfemismo y los procesos mixtos: la manipulación del referente en el lenguaje literario inglés* (Tesis doctoral). España: Universidad de Alicante.

Danbolt Drange, E.M. (1997). *La mujer y el tabú: Un análisis sociolingüístico del tabú en el lenguaje femenino de Viña del Mar.* (Tesis de maestría). Noruega: Universidad de Bergen.

Díaz Pérez, J. C. (2012). *Pragmática del disfemismo y la descortesía. Los actos de habla hostiles en los medios de comunicación virtual* (Tesis doctoral). España: Universidad Carlos III de Madrid.

Domínguez, L. E y Murgueitio, L. K. (2009).*Representaciones sociales de la masculinidad en estratos medios urbanos. Estudio de casos en la ciudad de Cali*. (Tesis de grado inédita de la Escuela de Comunicación Social y Periodismo). Colombia: Universidad del Valle.

Duranti, A. (1988). La etnografía del habla: hacia una lingüística de la praxis. En *Panorama de la lingüística moderna*. (Newmeyer, F. J. comp.). España: Visor Distribuciones.

El Colombiano. Parce, ¿y vos también usás el parlache? (1 de septiembre de 2017). Recuperado de https://www.elcolombiano.com/cultura/el-parlache-se-habla-ahora-en-cualquier-parche-MF7214871

Frago, J. A. (1979). *Sobre el léxico de la prostitución en España durante el siglo XV*. Archivo de Filología Aragonesa, XXIV — XXV, pp. 257-273.

Galli de Paratesi, N. (1964). *La brutteparole. Semanticadell' eufemismo*. Torino: Publicaciones de la Facultad de Letras y Filosofía, *15* (1).

Grimes, L. (1971). *El tabú lingüístico: su naturaleza y función en el español popular de México*. México: CIDOC CUADERNO N° 64.

_____. (1978). *El tabú lingüístico en México: el lenguaje erótico de los mexicanos.* Nueva York: Bilingual Press.

Guerrero, O. E. y Sutachán H. A. (2012). En Colombia se puede ser...: indagaciones sobre la producción de lo LGBT desde la academia. *Nómadas*. Revista de la Universidad Central de Colombia, (37), pp. 219-229.

Halliday, M.A.K. (1994). *El lenguaje como semiótica social*. Santafé de Bogotá D.C: Fondo de Cultura Económica.

Hare, C. (1993). Algunos eufemismos peruanos desde un punto de vista socio-lingüístico. *Puente*. Programa de Traducción e Interpretación de la Universidad Femenina del Sagrado Corazón, Lima. *5*(5).

Herrero, G. (2002). Aspectos sintácticos del lenguaje juvenil. En *El lenguaje de los jóvenes* (Rodríguez, F. coord.). Madrid: Ariel.

Hill, J. M. (1945). *Poesías germanescas.* Humanities series No. 15. Bloomington: Indiana University Press.

_____. (1949). *Voces germanescas, recogidas y ordenadas.* Humanities series No. 21. Bloomington: Indiana University Press.

Hjelmslev, L. (1968). *El lenguaje.* Versión española de María Victoria Catalina. Madrid: Gredos. http://www.kirjasto.sci.fi/jfrazer.htm.

Jespersen, O. (1922). Misticismo del lenguaje. Humanidad, nación, individuo. Desde el punto de vista lingüístico. *Revista de Occidente*, pp. 210-234.

Kany, Ch. (1960). *American-Spanish Semantics. California:* The University of California Press. (Edición en español: *Semántica hispanoamericana*. 1962. Madrid: Aguilar).

La Vanguardia. La historia que guardan las siglas LGTB (24 de junio de 2017). Recuperado de https://www.lavanguardia.com/vida/20170624/423650578906/lgtb-la-historia-de-un-abecedario-arcoiris.html

Labov, W. (1972). *Sociolinguistic Patterns*. Estados Unidos: University of Pennsylvania Press.

_____. (1983). Estudio del lenguaje en su contexto social. En *Lenguaje y sociedad*. (De Cobo, M., trad.) pp. 309-335. Colombia: Centro de Traducciones de la Universidad del Valle.

_____. (1994). *Principios del cambio lingüístico*. España: Editorial Gredos.

López Morales, H. (1990). Sociolingüística del tabú. El caso de Puerto Rico. Madrid: MS. *Káñina. v. Artes y Letras*, Univ. Costa Rica XXXV (2): 121-144 145, 2011 / ISSN: 0378-0473.

_____. (2004). *Sociolingüística* (3ª. edición). España: Editorial Gredos.

Malinovsky, B. (1964). El problema del significado en las lenguas primitivas. En Ogden C. K e I. A. Richards (autores), *El significado del significado: Una investigación sobre la influencia del lenguaje en el pensamiento y sobre ciencia simbólica*. (pp. 312-360). Buenos Aires: Paidós.

Martín Martín, J. (1974). *Diccionario de expresiones malsonantes del español: léxico descriptivo*. España: Istmo.

Martínez Valdueza, P. (1995). *El tabú lingüístico: estudio sociolingüístico de Las Palmas de Gran Canaria.* (Tesis doctoral). Las Palmas de Gran Canaria: Universidad de Las Palmas.

_____. (1998). *Status quaestionis*: el tabú lingüístico. *Revista Lingúística*, (10), pp. 105-139.

Matus Lazo, R. (2000). Nuestras voces prohibidas. Tabúes, eufemismos y disfemismos. *Lengua*, (23), pp. 126-137.

McConnell-Ginet, S. (1988). Lenguaje y género. En *Panorama de la lingüística moderna*. (Newmeyer, F. J. comp.). España: Visor Distribuciones.

Montes Giraldo, J. J. (1967). Insultos en algunos textos de la literatura colombiana. En *Thesaurus:* Boletín del Instituto Caro y Cuervo, 22 (3), pp. 345-358.

_____. (1984). Para una teoría dialectal del español. En *Homenaje a Luis Flórez*. Bogotá: Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo.

Montero Cartelle, E. (1981). *El eufemismo en Galicia. Su comparación con otras áreas romances. Verba, Anuario Gallego de Filología*. España: Universidad de Santiago de Compostela.

Parra, M. (1999). *Difusión internacional del español por radio, televisión y prensa*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.

Plomteaux, H. (1965). Tabou, pudeur eteuphémisme. Notes marginales à propos de la Semantica dell'Euphemismo de Nora Galli de Paratessi. *Orbis* (14), pp. 23-26.

Ríos González, G. (2011). El tabú y el disfemismo en jóvenes colegiales costarricenses. *Káñina.* Universidad de Costa Rica, *35* (1), pp. 153-162.

Rojas, I. y Olave, G. (2009). Marica, reflexión sociolingüística de un disfemismo. *Cuadernos de Lingüística*. Colombia, Universidad Tecnológica de Pereira, (4), pp. 99-112.

Salillas, R. (1896). *El delincuente español.* Edición de 2004. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.

Stevens, E. (1977). El marianismo. En *Hembra y macho en Latinoamérica: Ensayos*. (Pescatello, A. comp.). México: Editorial Diana.

Sanmartín, J. (1998): Lenguaje y cultura marginal. El argot de la delincuencia. En *Cuadernos de filología,* anejo XXV. España: Universidad de Valencia.

Ullmann, S. (1962). *Semántica*. Madrid: Aguilar.

Univision.com. Maluma no representa el género *trap*, según Messiah El Artista (2 de junio de 2017).Recuperado de https://www.univision.com/puerto-rico/wkaq/entretenimiento/maluma-no-representa-el-genero-trap-segun-messiah-el-artista

Zimmermann, K. (2003). Constitución de la identidad y anticortesía verbal entre jóvenes masculinos hablantes de español. En *Actas del primer coloquio internacional del programa EDICE. La perspectiva no etnocentrista de la cortesía: Identidad sociocultural de las comunidades hispanohablantes* (Bravo, D. edit.), pp. 47-59. Suecia: Universidad de Estocolmo.